

TEMAS

Publicación mensual de espiritualidad y difusión de la doctrina pontificia

AÑO 2 - Nos. 28 y 29

OCTUBRE 1.º DE 1973

LA PALABRA DEL PAPA

LA ADHESION A LA PALABRA DE DIOS.

LA IMITACION DE CRISTO DA SENTIDO A NUESTRA VIDA.

**LA ORACION, FUENTE DE AUTENTICA
RENOVACION RELIGIOSA.**

EVANGELIO

QUE EL HOMBRE NO SEPRE LO QUE DIOS HA UNIDO.

AMAR LA VERDADERA SABIDURIA.

SUPERATE.

UN CIEGO VIDENTE.

LITURGIA

**FOMENTO DE LA VIDA LITURGICA EN LA DIOCESIS
Y EN LA PARROQUIA.**

VOY A MISA: LOS LUGARES DE LA CELEBRACION.

DOCUMENTOS

**DECLARACION "MYSTERIUM ECCLESIAE", ACERCA DE LA
IGLESIA, PARA DEFENDERLA DE ALGUNOS ERRORES.**

**LA DECLARACION ROMANA ES UN SERVICIO
A LA IGLESIA Y A LA CIVILIZACION. (CARDENAL DANIELOU)**

TEMAS

Publicación mensual de
espiritualidad y difusión de
la doctrina pontificia.

MONTEVIDEO, 1º DE OCTUBRE DE 1973

AÑO II - Nos. 28 y 29

Directores: Carlos A. Casares Sienra y Eduardo Navia Sienra

Publicación editada por IMPRESORA REX S. A. Calle Gaboto 1525,
Teléfonos: 4 88 62 - 49 00 48

Matrícula Nº 1957 (Ministerio de Industria y Comercio - Dirección de Industrias)
Depósito legal Nº 30439/73

"Precio de venta al público sujeto a modificación de acuerdo a la Ley Nº 13.720
de 16 de diciembre de 1968" (COPRIN), \$ 300.— el ejemplar.

LA PALABRA DEL PAPA (I)

LA ADHESION A LA PALABRA DE DIOS

CATEQUESIS DEL
PAPA EN LA AUDIENCIA
GENERAL DEL MIERCOLES,
1º DE AGOSTO

Decidámonos a renovar nuestra vida religiosa y cristiana; decidámonos a renovarla y darle nuevo vigor; habituémosla al clima del pensamiento y de las costumbres modernos; estemos dispuestos no sólo a hacerla sobrevivir en las condiciones en que hoy se encuentra a menudo la religión, ignorada, marginada, y no obstante admitida con agrado en la celda de la conciencia personal; pero esforcémonos en devolverle aquel vigor que nos descubra su necesidad, su belleza, su fecundidad, su capacidad de dar al hombre aque-

lla luz de sabiduría, de seguridad, de consuelo, que sólo ella confiere a la existencia humana su sentido fundamental, su valor auténtico, su destino inmortal. A ello nos obliga —repitémoslo una vez más— aquel balance del catolicismo, que ha sido el Concilio; y a ello nos invita la perspectiva del Año Santo, advenimiento de plenitud espiritual, al que nos estamos preparando.

NECESIDAD DE LA FE

Vale la pena que fijemos ahora la atención un momento en el antiguo axioma: “La fe es el fundamento de la vida espiritual” (S. Th. III, 73, 3; y II-II, 16, 1, 1). Debemos poner en la base de nuestra concepción religiosa y moral la necesidad de la fe: “El hombre justo, dice San Pablo y nosotros podemos entender: el cristiano, vive de la fe” (Rom. 1, 17); “sin la fe es imposible agradar a Dios” (Heb 11, 6). No queremos dar ahora una clase sobre este primer capítulo de nuestra vida religiosa; sólo queremos recordar, para aclarar ideas, el doble campo al que se refiere la fe: uno, el campo objetivo, que mira a las verdades que debemos creer, inmenso campo, como todos saben, del que nuestro “Credo” quiere ser una síntesis (cf. H. De Lubac, *La Foi chrétienne*, Aubier, 1969); otro, el campo subjetivo,

que mira a nuestro acto de adhesión a las verdades del "Credo" (cf. S. Th. II-II-1, 6 ad 2); campo, también éste, amplísimo por la complejidad de las actitudes y de los procesos espirituales de nuestra alma en orden a la fe (cf. card. Garrone, *La Foi, Le Centurion*, 1973).

Será conveniente que todos volvámos a estudiar este tema fundamental, comenzando por afirmar con claridad la definición de la fe como un asentimiento intelectual a la palabra de Dios, determinado por la voluntad, movida por la gracia divina (cf. S. Th. II-II, 1, 4; 2, 9; 4, 5); un conocimiento singular, cierto y oscuro al mismo tiempo, cierto en sus motivos, oscuro todavía en su misterioso contenido. "Ahora, escribe San Pablo, vemos por un espejo y oscuramente" (1 Cor 13, 12); de tal modo que "la fe es garantía de lo que se espera, la prueba de las cosas que no se ven" (Heb 11, 1).

DIFICULTAD DEL HOMBRE DE HOY EN ADMITIR EL CONOCIMIENTO DE LAS REALIDADES INVISIBLES

Entonces, ¿qué es lo que nos sucede a nosotros, hombres embebidos de la mentalidad que funda su seguridad cognoscitiva en la experiencia sensible y experimental y en el razonamiento cientí-

fico? Ocurre que los hombres de hoy son reacios y suspicaces para admitir un conocimiento referente a la esfera de la Realidad invisible (cf. 2 Cor 5, 7) y además fundado en la fe, a no ser que esta fe sea so'uble mediante una comprobación directa de nuestros sentidos y de nuestra razón. Digamos enseguida que nosotros creyentes en sentido religioso no tenemos en principio ninguna objeción que hacer al testimonio de los sentidos y menos aún a la sana razón; es más, apoyamos y admiramos la sabiduría del hombre acerca de la naturaleza, su riqueza y su desarrollo. Nuestra objeción se refiere al límite: la suficiencia, la exclusividad, que hoy tantos hombres y tantos sistemas filosóficos ponen a la propia cultura empírica, racionalista o idealista, no admitiendo un conocimiento basado en el testimonio de la revelación, es decir, sobre la palabra de Dios, mientras que Dios, cumpliendo su plan de elevación y de salvación del hombre, su "economía" sobrenatural que penetra los destinos de todos los hombres y de toda la humanidad, ha hecho de la adhesión a su palabra, es decir, de la fe, la condición *sine qua non* de nuestro último destino feliz. "El que creyere y fuere bautizado, se salvará, mas el que no creyere se condenará": palabras solemnes y testamentarias de Cristo (Mc 16 16).

He aquí ahora, una amarga conclusión de esta sumaria visión del cristianismo: la fe, fuente primera de la salvación, se ha convertido hoy en la primera dificultad para conseguir esta salvación.

Y he aquí nuestra apremiante exhortación: intentemos tomar conciencia de este triste fenómeno, del por qué es tan difícil en nuestros días acoger "la palabra de la fe que predicamos" (Rom 10, 8). Lo sabemos: es un estudio amplísimo, filosófico, psicológico, sociológico, pedagógico; pero utilísimo, más aún, necesario a quien tiene la responsabilidad de educar y guiar a los hermanos por el camino de Cristo.

LA FE ES UN DON DE DIOS

Digamos sólo en pocas palabras, silenciando por el momento el problema, también basilar, de la libertad de Dios respecto a la distribución de sus bienes: la fe es un don de Dios; "no todos obedecen al Evangelio" (Rom 10, 16; 11, 32); esta situación nos induce a considerar la fe como una cuestión de suma importancia, que debe ser tratada con gran seriedad y humildad, y que debe ir acompañada por un gran amor a la verdad y por la oración (cf. Mc 9, 23). No nos extendemos sobre las pruebas espirituales de dificultad y de oscuridad interior, que pueden brotar en el alma de

un devoto creyente por un cierto ejercicio de fidelidad, que Dios mismo permite, en ciertos momentos para prepararlo a una más fuerte y más alegre manifestación de fe; las vidas de los santos nos documentan estos fenómenos de purificación espiritual y de ascensión fatigosa a la cima de la santidad (cf. San Juan de la Cruz, *Subida al monte Carmelo* y *La Noche Oscura*).

Queríamos llamar vuestra atención sobre las condiciones mentales de tanta gente hoy hostil o refractaria a la fe. ¿Por qué lo es? Se diría que se encuentra en la incapacidad de colocar en los términos debidos el tema de la fe, el problema y el método de la escucha de la palabra de Dios; y esto porque está extrovertida al reino de los sentidos y de la fantasía, o bien prisionera de un racionalismo preconcebido e insufrible a la disciplina de la mente orientada única y valientemente hacia la Verdad. Falta a muchos hijos de nuestra generación aquella profilaxis del pensamiento lógico y honesto, que lo haga receptivo de los criterios superiores del saber, capaz de percibir las voces profundas de las cosas y del espíritu; necesita un pensamiento puro y sencillo que sepa acoger cordialmente las palabras del Evangelio, por aquello que son: divinas (cf. Mt 11, 26).

Deberíamos mencionar otro obstáculo polivalente, que surge en estos años en el campo de los estudios bíblicos, atreviéndose, con la ayuda de una aguerrida y sutil erudición, a someter la sagrada Escritura, especialmente los Evangelios, a una hermenéutica, es decir, a una interpretación nueva y corrosiva, mediante criterios engañosos, pero impugnables, para quitar al libro sagrado su genuina autoridad, aquella que la Iglesia le reconoce y la hace argumento y objeto de la fe tradicional.

Pero no temamos. La fe ha sido sometida a lo largo de la historia a innumerables ataques y a continuas insidias. Pero defendida, enseñada, profesada por la Iglesia católica, inflamada por el Espíritu Santo, ella permanecerá y continuará siendo la luz del pueblo de Dios, peregrino infatigable en la historia del mundo.

Intentemos ser todos, como San Pedro nos exhorta, *fortes in fide* (1 Pe 5, 9). Con nuestra bendición apostólica.

HAZ QUE TU VIDA VALGA LA PENA — 12 SUGERENCIAS

1. Reconoce tu propia importancia.
2. Ten un buen propósito.
3. Vive mejor a la vez que vives más.
4. Haz más que ganarte la vida.
5. Descubre la alegría del trabajo.
6. Desarrolla tu carácter.
7. Emplea tu imaginación.
8. Pon buenas ideas en circulación.
9. Pon una nota personal en todo lo que haces.
10. Desarrolla un sentido de urgencia.
11. Mantén la perspectiva de la eternidad.
12. Profundiza tu vida interior.

LA PALABRA DEL PAPA (II)

LA IMITACION DE CRISTO DA SENTIDO A NUESTRA VIDA

CATEQUESIS DEL PAPA EN LA AUDIENCIA GENERAL DEL
MIÉRCOLES, 8 DE AGOSTO

Un ideal mueve y moverá siempre a la Iglesia de Dios: el ideal de actualizar en sí y de anunciar a su alrededor, al mundo que la rodea y en el que está prácticamente inmersa, el mensaje cristiano, la vida cristiana auténtica, tal como proviene del Evangelio y de la tradición fielmente dimanada del Evangelio, como planta de la simiente. Este ideal requiere empeño y urgencia después del Concilio, casi como una superación positiva de las manifestaciones múltiples y a menudo desorganizadas, brotadas en el seno de la Iglesia misma en estos últimos años, pero encubadas desde hace tiempo en algún cenáculo interior suyo, más receptivo a las degradantes corrientes culturales exteriores de un cristianismo simplificado y reducido a expresiones secularizadas, que a los impulsos siempre vivos e impenitentes de las propias fuentes interiores; y requiere este ideal un empeño especial y una más apremiante urgencia en la proximidad del Año Santo, que querríamos que restituyese al pueblo de Dios un sentido de plenitud y de alegría en la conciencia y en la profesión de su genuina vocación.

DIFICULTADES DE LA AUTENTICA VIDA CRISTIANA

Sin embargo, esta corajosa aspiración hace nacer en nosotros el sentido y casi la experiencia de las dificultades que una vida cristiana auténtica, en la que uno ha empezado a comprometerse, encuentra en la fase histórico - espiritual, en la que la Providencia coloca nuestra presente existencia. El cristianismo, decíamos en otra ocasión, no es fácil, especialmente en nuestros días. Está en desarrollo todo un movimiento de pensamiento y de acción, más arriesgado que verdaderamente sabio, para presentar a la opinión pública fórmulas cristianas de fácil aplicación, desvirtuadas de sus intrínsecas exigencias e insensiblemente asimilables a las histórico - sociológicas dominantes en el mundo. Decíamos esto a propósito de la fe. Debemos hablar del mismo modo respecto a la moral.

¿Es fácil la vida moral cristiana, hoy?

No, hermanos e hijos queridísimos, no es fácil. La observancia de la norma moral, tal como nosotros creemos se pueda considerar cristiana, constituye una de las principales dificultades para aquella fuerte y genuina afirmación de vida ético - religiosa moderna, que nosotros deseamos. Decimos que no es fácil, no para asustaros ni para quitaros la esperanza de un resultado victorioso al respecto, que confiamos sea condividido por tantos y tantos miembros de la Iglesia que se renueva; lo decimos por un deber de sinceridad y para dar coraje a vuestras conciencias en las actuales circunstancias.

LA PROFESION DE LA VIDA CRISTIANA EXIGE VALENTIA

Y sobre todo porque desde siempre el seguimiento de Cristo ha requerido esta visión realista y este inmanente coraje. "No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos" (Mt. 7, 21; Rom 2, 13; Sant 1, 25); "Entrad por la puerta estrecha...; cuán angosta es la puerta y estrecho el camino que conduce a la vida...". "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará" (Mt 16, 24-25). Son palabras de Jesús. Y no hay duda que los Apóstoles y la primera generación cristiana, interpretaron enseñada la forma activa de su nueva religión como una rigurosa y ascética observancia de la nueva ley moral cristiana (cf **Ep. ad Diognetum**, V; **S. Ignatii Ant.**, ad Rom. VII; etc.). Aquella dominante llamada al despego de los valores exteriores y temporales, aquella exaltación de la pobreza de espíritu, aquella serie de bienaventuranzas, exhaladoras como embriagadores perfumes de las amarguras y de las virtudes heroicas de nuestra deprimida existencia, aquel perdonar las ofensas y ofrecer la otra mejilla a quien te ha golpeado la derecha, aquella pureza de corazón que impulsa a refrenar toda mirada deshonestas, etc., son el tejido del Evangelio, que de una moralidad legal y exterior lleva la verdad humana del bien y del mal al íntimo del corazón (cf. Mt 15, 11); esto hace ciertamente ardua la perfección de las virtudes cristianas; pero sabemos que esta clase de dificultades es compensada por la síntesis de los deberes cristianos en aquél supremo del amor a Dios, y en aquel que lo sigue inmediatamente, el amor al prójimo (cf. Mt 22, 38), y después por la liberación del pecado, no tan sólo de la observancia de las prescripciones legales de la antigua ley, ya superada, como todos saben, por la economía de la fe y por la ayuda de la gracia, siempre pronta a quien humilde y confiadamente la implora (1 Cor 10, 13).

Mas no es de esta dura, pero feliz milicia para la virtud cristiana, aunque digna de nuestro vivísimo interés (cf. Ef 6, 17; 1 Tes 5, 8), de la que queremos hablar ahora. Queremos hablar más bien de aquella decadencia del sentido moral, que caracteriza nuestro tiempo. Hablar exactamente, no; el tema sería demasiado extenso; nos basta hacer una alusión, con algunas pocas observaciones.

¿Podemos nosotros, por ejemplo, excluir de nuestra mentalidad moral el sentido del pecado? No podemos, porque el pecado incide en nuestra relación con Dios. Es una de las verdades basílicas de nuestra concepción ético - religiosa: cada una de nuestras acciones repercute positiva o negativamente en

el orden establecido por Dios respecto a nosotros. Ahora la mentalidad radicalmente laica de nuestro tiempo anula la primera y más genética responsabilidad moral, negando o pasando por alto la repercusión de nuestras acciones a la mirada de Dios, la repercusión negativa especialmente, es decir, la ofensa hecha a Dios, que es el pecado. El cristiano no puede ciertamente resignarse a esta importante deformación del sistema moral. Está implicada en ella toda la economía de la redención.

NECESIDAD DE UNA LEY MORAL

¿Y basta el sentirse responsables frente a la propia conciencia? La conciencia moral es ciertamente el criterio próximo e indispensable sobre la honestidad de nuestras acciones; y Dios quiera que sea siempre tenida en gran estima en la educación de la personalidad humana; pero la conciencia tiene necesidad de ser instruida, informada, guiada sobre la bondad objetiva de la acción a realizar; su juicio instintivo e intuitivo no basta; es necesaria una norma, es necesaria una ley; de otro modo tal juicio suyo puede alterarse bajo el impulso de las pasiones, de los intereses o de los ejemplos de los demás. De lo contrario la vida moral vive de utopías o de instintos; y es, como sucede actualmente, una vida moral a merced de las circunstancias exteriores, de las situaciones, con todas las consecuencias de relativismo y servilismo que de ello se deriva, hasta el punto de comprometer aquella rectitud de conciencia que llamamos carácter y hacer de los hombres una masa de "cañas agitadas por el viento" (Mt 11, 7). Oiréis decir que es necesario dar a la propia vida un carácter de sinceridad; y por sinceridad aquí se entiende abandonar la propia libertad autónoma y personal a los impulsos de la propia animalidad, del propio frenesí de gozar, sin superiores y lógicas inhibiciones, al propio innoble egoísmo. Oiréis afirmar que hoy todo el castillo de la moralidad tradicional se está derrumbando a causa de las transformaciones de la vida moderna y que el criterio directivo de nuestra conducta debe ser antropológico - social, es decir, debe ser la conformidad a la costumbre dominante, sin que esto tenga que corresponder a criterios superiores de bien y de mal. Y quizás oiréis, incluso en el ambiente cristiano, polemizar contra la fidelidad tradicional, bien sea a la "ley natural", de la que se contesta incluso su existencia, o bien sea al Magisterio de la Iglesia, cuando ella se pronuncia en defensa de los derechos fundamentales y sagrados de la vida y costumbres que todavía merecen el nombre de humanas y cristianas.

Vosotros comprendéis a qué fenómenos éticos, sociales, políticos puede referirse el antagonismo entre la firme moralidad cristiana y la ética permisiva y amoral o la ética provisional, hoy de moda. ¡Qué tempestad se cierne sobre el mundo, qué posible naufragio de la civilización se puede prever!

Y comprendéis cómo la imitación de Cristo, más inteligente y penetrante que aquella rutinaria y contumaz de tantos que se dicen cristianos, debe remontarse a la dirección de nuestras conciencias y debe recibir del bautismo, por el que hemos sido regenerados, como hijos del Dios viviente, su original estatuto y su energía sobrenatural para la vida nueva, a la que todos estamos llamados y empeñados.

Así sea, con nuestra bendición apostólica.

LA PALABRA DEL PAPA (III)

La oración, fuente de auténtica renovación religiosa

CATEQUESIS DEL
PAPA EN LA AUDIENCIA
GENERAL DEL MIERCOLES,
22 DE AGOSTO

Cuando nos proponemos promover una renovación religiosa, necesariamente pensamos en una vuelta a la oración, bien individual o colectiva. No en vano la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, es decir, sobre la oración oficial de la Iglesia, sobresale entre los documentos del reciente Concilio. La oración (o plegaria) es el acto característico de la religión (cf. S. Th. II-II, 83, 3); por eso, queriendo imprimir a la vida religiosa una conciencia y una expresión que corresponda a las necesidades y a las actitudes de los hombres de nuestro tiempo, es necesario que les invitemos a orar y les eduquemos para ello.

¡Qué tema sin confines! Lo sabemos; pero séanos permitido reducir nuestro discurso a las más elementales observaciones.

Comencemos con una pregunta: ¿reza hoy el hombre?

¿REZA HOY EL HOMBRE?

Donde la Iglesia vive, sí. La oración es el respiro del Cuerpo místico, es su conversación con Dios, es la expresión de su caridad, es el esfuerzo para llegar al Padre, es el reconocimiento de su providencia en la dinámica de los acontecimientos en el mundo, es la súplica a su misericordia y a la intervención de su ayuda en la debilidad de nuestras fuerzas, es la confesión de su necesidad y de su gloria, es la alegría del pueblo de Dios de poder celebrarle a El, Dios, y a todo lo que de El nos viene, es la escuela de la vida cristiana. Es decir, la plegaria es una flor que germina sobre una doble raíz viva y profunda: el sentido religioso (raíz natural), y la gracia de Espíritu (raíz sobrenatural), que anima en nosotros la plegaria (cf. Rom 8, 26; H. Bremond, *Intr. à la Phil. de la Prière*, p. 224, etc.). Es más, se puede decir que la oración es la expresión-vértice de la Iglesia, pero también su aliento, su principio: es el momento clásico en el que la vida divina comienza a circular en la Iglesia; por eso le

deberíamos dedicar la máxima atención y tenerla en altísima estima, recordando bien, como dice el Concilio, que "la Sagrada Liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia; en efecto, es necesario que antes... los hombres sean llamados a la fe y a la conversión" (Constitución *Sacrosanctum, Concilium*, 9).

He aquí ahora otro colosal obstáculo a la renovación religiosa, deseada por el pasado Concilio y programada para el próximo Año Santo: ¿cómo hacer rezar hoy a los hombres?

Ciertamente debemos reconocer que la irreligiosidad de tanta gente de nuestro tiempo hace muy difícil el encendimiento de la plegaria fácil, espontánea, gozosa en los espíritus de nuestros contemporáneos. Simplificando diremos que se trata de objeciones de dos tipos: el que contesta radicalmente la razón de ser de una plegaria, como si ella estuviese privada del divino Interlocutor al que se dirige, y por tanto superflua, inútil, más aún, nociva a la autosuficiencia humana, y por consiguiente, a la personalidad del hombre moderno; el otro tipo es el que descuida prácticamente medirse con esta experiencia, y tiene los labios y el corazón cerrados, como quien no se atreve a hablar en una lengua extranjera desconocida, y se ha habituado a concebir la vida sin ninguna relación con Dios (sty-

le François Sagan, qui disait un jour a un reporter: 'Dieu! je n'y pense jamais!' " Ch. Moeller, *L'homme moderne devant le salut*, p. 18).

LA NECESIDAD DE DIOS ES CONNATURAL AL CORAZON HUMANO

Obstáculo colosal, decíamos; pero no es insuperable. Y esto por un motivo sencillísimo. porque, quierase o no, la necesidad de Dios es connatural al corazón humano. Este tantas veces sufre, o se degrada en ilógico escepticismo, porque ha reprimido dentro de sí la voz, que por miles de estímulos quisiera clamar al cielo, no como a un cosmos vacío y terriblemente misterioso, sino como al Ser primero, absoluto, creador, al Dios viviente (cf. R. Guardini, *Dieu vivant*; P. C. Landucci, *Il Dio in cui crediamo*; Simone Weil, *Attente de Dieu*; fallecida en Ashford, hace ahora treinta años, el 24 de agosto de 1943). En efecto, por esto que tiene valor al menos como fenómenos sico-sociales, se advierten en la presente generación juvenil extrañas manifestaciones de misticismo colectivo, que no es siempre mistificación artificial, y que parece, por el contrario, sed de Dios, desconocedora todavía de la fuente verdadera en la que apagar su sed, pero sincera al manifestarse silenciosamente tal cual es: sed, profunda sed.

Como quiera que sea, nosotros prestaremos al problema de la oración, sea personal, y por lo tanto graduada según las exigencias de la edad y del ambiente, sea comunitaria, y por consiguiente proporcionada a la vida colectiva, un cuidado especial, precisamente en atención al renacimiento espiritual que esperamos y preparamos.

DECALOGO DE SUGERENCIAS SOBRE LA ORACION

Podemos recoger empíricamente, como un decálogo de sugerencias dirigidas a nosotros por tantos valientes trabajadores en el campo contemporáneo del reino de Dios. Helo aquí, a título de sencilla, pero no tal vez vana información.

I. Es necesario dar aplicación fiel, inteligente y diligente, a la reforma litúrgica, promovida por el Concilio y precisada por las competentes autoridades de la Iglesia. Quien le ponga obstáculos, o la haga más lenta sin buen criterio, pierde el momento providencial de una verdadera reviviscencia y de una feliz difusión de la religión católica en nuestro tiempo. Quien además se aprovecha de la reforma para dedicarse a arbitrarios experimentos, despilfarra energías y ofende al sentido eclesial. Ha llegado la hora de una genial y concorde observancia de esta solemne

lex orandi en la Iglesia de Dios: la reforma litúrgica.

II. Será siempre oportuna una catequesis, filosófica, escrituraria, teológica, pastoral, sobre el culto divino como la Iglesia lo profesa hoy: la plegaria no es sentimiento ciego, es proyección del alma iluminada por la verdad y movida por la caridad (cf. S. Th. II-II, 83, 1, ad 2).

III. Voces autorizadas nos recomiendan aconsejar gran cautela en el proceso de reforma de tradicionales costumbres populares religiosas, cuidando de no apagar el sentimiento religioso al revestirlo de nuevas y más auténticas expresiones espirituales: el gusto de lo auténtico, de lo bello, de lo sencillo, de lo comunitario, e incluso de lo tradicional (donde merezca ser respetado), debe presidir las manifestaciones exteriores del culto, tratando de conservar en él la devoción del pueblo.

IV. Gran escuela de piedad, de espiritualidad, de fidelidad religiosa debe ser la familia. ¡La Iglesia tiene gran confianza en la delicada, autorizada, insustituible acción pedagógico-religiosa de los padres!

V. Conserva, más que nunca, su gravedad y su fundamental importancia la observancia del "precepto festivo". La Iglesia ha concedido facilidades para hacer-

la posible. Quien tiene conciencia del contenido y de la funcionalidad de este precepto, debería considerarlo no sólo un deber primario, sino incluso un derecho, una necesidad, un honor, una fortuna, a cuyo cumplimiento un creyente auténtico e inteligente no puede, sin graves motivos, renunciar.

VI. La comunidad constituida afirma la prerrogativa de asegurar para sí la presencia de todos sus fieles; y si a algunos de ellos les está permitida una cierta autonomía en la práctica religiosa formando grupos distintos, homogéneos, no debe faltarles la comprensión del genio de la Iglesia, que es el de ser pueblo, con un corazón solo y un alma sola, es decir, de ser, incluso socialmente, unidad, de ser Iglesia.

VII. El desarrollo de las celebraciones del culto divino, de la santa Misa especialmente, es siempre un acto muy serio. Por lo tanto, debe ser preparado y realizado con mucho cuidado, bajo todos los aspectos, incluso exteriores (gravedad, dignidad, horario, duración, desarrollo, etc.; la palabra en ella sea siempre sencilla y sagrada). Los ministros del culto tienen en este campo una gran

responsabilidad, en la ejecución y en la ejemplaridad.

VIII. La asistencia de los fieles debe asimismo colaborar al digno desarrollo del culto sacro: puntualidad, compostura, silencio, y, principalmente, participación; es éste el punto principal de la reforma litúrgica: ¡Todo se ha dicho, pero cuánto queda todavía por hacer!

IX. La plegaria, personal y comunitaria, tenga sus dos momentos en plenitud; como está mandado en las normas litúrgicas.

X. ¡El canto! ¡Qué problema! Animo. No es insoluble! Surge una nueva época para la música sacra. Muchos piden que se conserve en todos los países el canto latino y gregoriano del *Gloria*, del *Credo*, del *Sanctus*, del *Agnus Dei*: Dios quiera que sea así. Se podrá estudiar de nuevo cómo.

¡Cuántas cosas!, ¡pero qué hermosas, qué sencillas en el fondo! ¡Y cuánta fuerza tendría, si se observaran, su nueva infusión espiritual en las comunidades de nuestros fieles para reportar a la Iglesia y al mundo la deseada renovación religiosa!

No tengas miedo a la verdad, aunque la verdad te acarree la muerte.

EVANGELIO (Domingo 7 de Octubre) (XXVII)

En aquel tiempo se acercaron a Jesús algunos fariseos, y para ponerlo a prueba, le plantearon esta cuestión: "¿Es lícito al hombre divorciarse de su mujer? El les respondió: "¿Qué es lo que Moisés les ha ordenado?" Ellos le dijeron: "Moisés permite redactar un acta de divorcio y separarse de ella". Entonces Jesús les respondió: Si Moisés les dio esta prescripción fue debido a la dureza del corazón de ustedes. Pero desde el principio de la creación, Dios los hizo varón y mujer. Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre, y los dos no serán sino una sola carne de manera que ya no son dos, sino una sola carne. Que el hombre no separe lo que Dios ha unido".

Cuando regresaron a la casa, los discípulos le volvieron a preguntar sobre esto. El les dijo: "El que se divorcia de su mujer y se casa con otra, comete adulterio; y si una mujer se divorcia de su marido y se casa con otro, también comete adulterio".

Le trajeron entonces a unos niños para que los tocara, pero los discípulos fastidiados, trataron de echarlos. Al ver esto Jesús se enojó y les dijo: "Dejen que los niños se acerquen a mí y no se lo impidan, porque el Reino de Dios pertenece a los que son como ellos. Les aseguro que el que no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él". Después los abrazó y los bendijo imponiéndoles las manos. - San Marcos (10, 2-16)

QUE EL HOMBRE NO SEPRE LO QUE DIOS HA UNIDO

"Montevideo, molino de divorcios", se llamó alguna vez a nuestra ciudad desde una revista de informaciones sobre el tema. Basta recordar, en base a los datos aportados por el Registro Civil, la relación anual entre matrimonios y divorcios para darse cuenta de que el problema es realmente serio. Sólo dos datos: en 1970, frente a 23.668 casamientos hubo 2.927 divorcios; en 1971, el último dato oficial, frente a 23.698 casamientos se registraron 2.641 divorcios. Y la proporción se mantiene a lo largo de todos los años. ¿Qué quiere decir esto? Que frente a las tensiones internas o externas a que se ve sometida la familia, estalla el rompimiento frecuente de esas relaciones interpersonales entre sus miembros, con la secuela de separaciones de hecho, de divorcios legales y de problemas generacionales de incomunicación, de mutuo rechazo y de quiebra de la unidad familiar, con el pavoroso problema que esta situación crea para los hijos.

La familia se ve enfrentada entonces a una verdadera crisis de identidad, y minada por los elementos de deterioro tan propios de nuestro ambiente y del mundo actual sucumbe ante una dolorosa desintegración. El egoísmo y la indiferencia, el erotismo, la falta de respeto a la vida, el materialismo ambiente, el individualismo, el sentido hedonista de la existencia y en el fondo un verdadero ateísmo, enraizado en un laicismo educacional y prescindente, pueden ser enumerados como las causas más evidentes de esa quiebra de la institución familiar en el Uruguay.

Junto a ello, el hecho de una falta de preparación moral y religiosa de cara a las nuevas responsabilidades de la vida matrimonial incide de un modo fundamental en esa inestabilidad de tantos hogares uruguayos.

Las tres lecturas bíblicas de este domingo son una invitación a meditar hondamente en esa sagrada institución matrimonial, que Dios mismo hace amanecer en los albores de la humanidad. La página del Génesis (2, 18-24) nos remonta a los orígenes de la historia humana. Dios mismo interviene allí, en la realización de esta comunicación profunda del hombre y de la mujer que supera las fronteras del tiempo y lo transitorio de situaciones momentáneas. "No conviene que el hombre esté solo". "Y serán los dos una sola carne". Se creaba entonces la familia, esa pequeña Iglesia o Iglesia doméstica de que habla el Concilio Vaticano II, comunidad de vida y de santificación. En ella, dice el Concilio, "los esposos cristianos son para sí mismos, para sus hijos y demás familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe"; "los forman con su palabra y con su ejemplo para la vida cristiana y apostólica, los ayudan prudentemente a elegir su vocación y fomentan con esmero la vocación sagrada cuando la descubren en sus hijos". Es la gracia sacramental del matrimonio la que impulsa, alienta y sostiene a los esposos en la mutua santificación y en su acción santificadora frente a sus hijos.

Y si esto exige esfuerzo, si a veces supone un ejercicio heroico de la virtud, Pablo nos recuerda el ejemplo de Cristo, afirmando (segunda lectura) que "convenía que Aquel por quien y para quien fueron hechas todas las cosas, para llevar a la gloria a un gran número de hijos, perfeccionara por medio del sufrimiento al jefe que los conduciría a la salvación. Porque el que santifica y los que son santificados, todos tienen el mismo origen". (Hebr 2, 10). El origen es el corazón del Padre. Y el destino final es el mismo corazón del Padre. Pero el camino intermedio es el que sube hasta el Calvario y pasa por la Cruz. Y sin esta condición no hay resurrección ni gloria. Esta cruz a veces se traduce en el respeto a estas palabras de Jesús que nos recoge el Evangelio de hoy: "Que el hombre no separe lo que Dios ha unido" (Marcos 10, 9).

Esto supondrá el cumplimiento de toda una serie de compromisos morales de cada uno de los miembros de la familia consigo mismo y con los demás. Amor, respeto, responsabilidad, especialmente, Responsabilidad frente a la función que cada persona debe asumir dentro y fuera de la familia. Respeto, para ver a las personas tal como realmente son, un misterio de amor salido de las manos de Dios con un destino único en la historia del mundo. Y sobre todo amor, que debe adquirir la característica suprema de amor-entrega, verdadera donación del yo, ruptura definitiva del egoísmo, superación de la mera atracción sexual en un misterio de comunión profunda de los seres. Ese amor crecerá constantemente entre los esposos para proyectarse, creativamente, dentro del núcleo familiar en el nacimiento de los hijos, y hacia afuera en el compromiso con la sociedad en la construcción del Reino de Dios.

Esta pequeña iglesia familiar, que no es autónoma y separada, sino célula viviente dentro del organismo de vida que es el Pueblo de Dios, integrada en él, escuchará la Palabra, vivirá la liturgia, realizará su vida sacramental, se abrirá a la comunidad de fe junto a los otros integrantes de la única Iglesia de Cristo.

De tal forma, la proyección de la familia dentro de la vida eclesial constituye un testimonio y una viviente profecía. Y de ese modo, no sólo es respuesta a una responsabilidad, sino camino de una segura felicidad, incluso en el tiempo de esta peregrinación terrena.

EVANGELIO (Domingo 14 de Octubre) (XXVIII)

En aquel tiempo cuando Jesús se puso en camino, un hombre corrió hacia él, y arrodillándose le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?” Jesús le preguntó: “¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno. Tú conoces los mandamientos: No mates, no cometas adulterio, no robes, no des falso testimonio, no hagas el mal, honra a tu padre y a tu madre”. El hombre le respondió: “Maestro, todo eso lo he cumplido desde mi juventud”. Jesús fijó su mirada en él, lo amó y le dijo: “Sólo te falta una cosa: ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres; así tendrás un tesoro en el Cielo. Después, ven y sígueme”. El, al oír estas palabras, se entristeció y se fue apenado, porque poseía muchos bienes.

Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: “¿Qué difícil será para los ricos entrar en el Reino de Dios?” Los discípulos se sorprendieron de estas palabras, pero Jesús continuó diciendo: “Hijos Míos, que difícil es entrar en el Reino de Dios”. Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja, que para un rico entrar en el Reino de Dios”. Los discípulos se asombraron aun más y se preguntaban unos a otros: “Entonces, ¿quién podrá salvarse?”. Jesús, fijando en ellos su mirada, les dijo: “Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para él todo es posible”.

Pedro le dijo: “Tú sabes que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido”. Jesús respondió: “Les aseguro que el que haya dejado casa, hermanos y hermanas, madre y padre, hijos o campos, por mí y por la Buena Noticia, desde ahora, en este mundo, recibirá el ciento por uno en casas, hermanas y hermanos, madres, hijos y campos, en medio de las persecuciones, y en el futuro recibirá la Vida Eterna”. San Marcos (10, 17-30).

AMAR LA VERDADERA SABIDURIA

“Porque al fin de la jornada, aquél que se salva, sabe. Y que no, no sabe nada”. Qué sabias son las consideraciones anónimas de esos versos antiguos! En definitiva, están haciendo referencia a lo que es, en verdad, el porqué y el paraqué de nuestra existencia, lo que da sentido a nuestras luchas, a nuestros sueños y también a nuestros renunciamentos.

Y ésta es la verdadera y única sabiduría. “Mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado —escribe Pablo a los cristianos de Corinto—: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres”. (I. Cor 1, 22-25).

Así, amar y buscar la verdadera sabiduría es buscarlo a Dios. Quien busca así este saber profundo y verdadero puede repetir con verdad las palabras de la primera lectura bíblica de este domingo: “Con ella me vinieron a la vez todos los bienes, ella me trajo en sus manos riquezas incalculables” (Sab 7, 11).

Esas riquezas incalculables son la presencia de Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios. Por eso Cristo, que es Palabra del Padre, sintetiza en sí todo

saber. "La Palabra de Dios es viva y eficaz y más cortante que una espada de doble filo; penetra hasta lo más íntimo del ser" (segunda lectura, Hebr. 4, 12). Cuando se encuentra con esta Palabra ha de sentirse feliz en el encuentro mismo y ha de estar dispuesto a dejar todo lo demás para adquirir esa Palabra de Sabiduría, de valor infinito.

Pero esto es lo que no acontece en el caso de ese joven anónimo de que nos habla el Evangelio de este día. Marcos (10, 17-27) nos narra el encuentro de ese joven con el Señor Jesús. Jesús, mirándolo, lo amó, porque vio en él una conducta límpida, "desde su niñez". Pero ese joven pasa como una sombra doliente, como una melancólica frustración por las páginas del libro santo porque le faltó la decisión última de dejar todas sus riquezas materiales en aras de la única y verdadera riqueza, el seguimiento de Cristo. "Después, ven y sígueme", le dice Jesús. Es el mismo "sígueme" que dijo a Pedro, a Juan, a Mateo, a los demás apóstoles. Este joven podría haber sido uno de ellos. Hoy conoceríamos su nombre con un "San" delante y podríamos admirar su generosidad y tal vez su martirio, como en el caso de todos los demás. Sin embargo, a las palabras de Cristo que, en pobreza y por lo tanto en libertad, lo invita para un seguimiento más íntimo de Su Persona el joven responde con su silencio temeroso. "Al oír estas palabras se entristeció y se fue apenado, porque poseía muchos bienes", recuerda Marcos.

Para seguir a Cristo con fidelidad, en cualquier estado de vida, es necesaria una decisión heroica, si este seguimiento no ha de ser una mera formalidad. Es menester un temple como el de Hernán Cortés: quemar las naves de nuestros proyectos personales para quedarnos en la orilla de Cristo y no poder caer en la tentación de volver a las naves de nuestras ilusiones personales, de nuestros viajes cambiantes por la geografía del espíritu. Quien quema sus naves por cualquier motivo, es verdad, desperdicia su vida; pero quien no es capaz de quemarlas ni siquiera por Cristo no sabe lo que hace.

Cristo comenta, a raíz de este episodio, lo difícil que es conquistar el Reino de los Cielos si uno tiene el corazón conquistado por las riquezas de la tierra. Si uno es esclavo de los bienes temporales difícilmente puede aspirar a los bienes celestiales. A la verdadera sabiduría.

Vivimos en un mundo cada vez más materializado y adorador del confort, del dinero y del poder que éste confiere. Con el dinero se compran cosas y a veces hasta personas. Con el dinero se escalan peldaños en el "ranking" de las valoraciones mundanas. Pero con el dinero no se compra el cielo ni la verdadera sabiduría, si uno no es capaz de liberarse del dinero mismo. A los cristianos de este momento materialista de la historia nos toca dar el testimonio de nuestra libertad interior, de la exacta valoración que es menester hacer acerca de los bienes temporales. No cabe duda que no siempre será fácil. "Para Dios todo es posible", les enseña hoy Jesús a los apóstoles.

La verdadera sabiduría, como la verdadera pobreza y la libertad verdadera no son meros conocimientos o definiciones teológicas. Son comportamiento moral y sobre todo son una sabiduría del corazón, un saber vital, un saber transformante y santificador.

Nuestra aproximación humilde de cada día e intensivamente una vez a la semana a esa fuente de verdadero saber que es la Palabra de Dios con concederá progresar en ella, amándola de verdad y incorporándola vitalmente a nosotros, que equivalé a decir que nosotros nos incorporamos vitalmente a su corriente de salvación.

EVANGELIO (Domingo 21 de Octubre) (XXIX)

En aquel tiempo (Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, se acercaron a Jesús y le dijeron: "Maestro, queremos que nos concedas lo que te vamos a pedir". El les respondió: "¿Qué quieren?" Ellos le dijeron: "Concédenos sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda, cuando estés en tu gloria". Jesús les dijo: "No saben lo que piden. ¿Pueden beber el cáliz que yo beberé y recibir el bautismo que yo recibiré?" "Podemos", le respondieron. Entonces Jesús agregó: "Ustedes beberán el cáliz que yo beberé y recibirán el mismo bautismo que yo, pero no me toca a mí concederles que se sienten a mi derecha o mi izquierda, sino que esos puestos son para quienes han sido destinados". Los otros diez, que habían oído a Santiago y a Juan, se indignaron contra ellos).

Jesús llamó a los Doce y les dijo: "Ustedes saben que aquellos a quienes se considera gobernantes, dominan las naciones como si fueran sus dueños, y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Entre ustedes no debe suceder así. Al contrario el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero que se haga servidor de todos. Porque el mismo Hijo del Hombre no vino para ser servido sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud". - San Marcos (10, 35-45)

SUPÉRATE

Un detalle altamente sugestivo: cuando los dos hermanos solicitan para sí los dos primeros asientos junto al trono del Mesías. El Maestro, lejos de amonestarlos o desautorizarlos, estimula tales aspiraciones, que responden a una muy noble y muy congénita inclinación del ser humano, creado para que crezca y para que alcance las más altas cumbres del valor y del mérito. ¡Más arriba! Este grito de nuestra naturaleza inquieta e impaciente por destacarse de cuanto le rodea, se ajusta en un todo al imperativo bíblico: "crece", y es al mismo tiempo una respuesta a la ordenanza que nos impone el Maestro, en virtud de la cual deberá su discípulo "hacer más" y mejor que los demás, extrayendo del amor de Dios el coraje y la fuerza de elevarse hasta la verdadera vida, la vida cumplida y perfecta. Quien hace profesión de ser discípulo de Cristo, y si quiere proceder con la honestidad que corresponde, deberá respetar las leyes de juego establecidas por el Maestro; deberá elevarse para seguirlo, ya que ascendente y empujado es el camino que desemboca en la vida, y penoso en extremo. "El que quiera ser primero..." Así tenemos al Maestro, a quien el verdadero y animoso discípulo le entrega la dirección de su vida, espoleando a los dos ambiciosos de la escena evangélica, y a los ambiciosos de todas las épocas; vuelvo a repetir: no los reprime, puesto que está el pedido en la línea de la naturaleza humana, pero lo

rectifica, elevando sus miras, y señalándoles el camino, único por otra parte, de la renuncia sacrificada. Porque es imposible amar a Dios y a los hermanos, dar a la vida su normal coronamiento, mientras el ser humano permanezca prisionero de su egoísmo. "Quien quiera caminar en pos de mí, que se niegue a sí mismo". Ello implica el sometimiento del juicio del alumno al juicio del Maestro, que asume la responsabilidad de conductor, y el cumplimiento de parte del dirigido de todas las orientaciones que emanen del magisterio libremente elegido, como medio para dar a su ser una proyección y una resonancia concordes con las instituciones divinas. A las aspiraciones legítimas de predominio y de primacía del discípulo, el Maestro contesta estableciendo una ley, señalando una orientación que las satisfaga y las haga prosperar: "ponte al servicio de todos"... La servidumbre tomada en su más noble acepción, la que caracteriza a Dios, a la madre, a los santos, a lo más selecto de la humanidad, es la única disposición que puede dar digno y noble destino a los impulsos de superación que sacuden al hombre. Ella supone una norma general de conducta, la ley de toda verdadera vida, la ley del amor. "Nada se puede hacer que valga la pena como no sea con pasión". Para salir de la vulgaridad y mediocridad de una existencia ficticia, y entrar en posesión de la auténtica superioridad es menester amar. Y nada más lógico que este principio, ya que el amor es por esencia un sentimiento que no soporta limitaciones, y que nos arrastra a una vida de superación. Sería falsear o mutilar este sentimiento "sin medida", el limitarlo exclusivamente a objetos perecederos o limitados. Su verdadero y adecuado objeto será Dios. Suprimirlo, o hacer abstracción de El, sería convertir la vida humana en un enigma indescifrable. "Amarás, pues, al Señor". . . Este aforismo meditado y exprimido con diligencia lo coloca al hombre a una altura vertiginosa; el destinatario del mismo es la inteligencia que domina la materia, la conciencia que tiene la noción del bien, y que reconoce sus deberes, la libertad suficientemente eficaz como para ejecutarlo, el alma que alcanza lo universal y se roza con lo infinito. Con todo este bagaje de condiciones excepcionales, el hombre comprende que ha sido creado para muy altos destinos; que no puede reducir sus horizontes al rincón de tierra que le sirve de habitación, y que su existencia no puede convertirse en una repetición mecánica de gestos rutinarios. Sabe que sin amor vive al margen de la verdad, y que toda su energía se vuelve contra la vida, acumulando ruinas, y más ruinas. Toda superación y el alcance de una ubicación privilegiada en la escala de las jerarquías está en el sacrificio del egoísmo que envilece y corrompe, y en el apego y servicio de todo aquello que nos ennoblece: Dios y el prójimo. Esta es la ley, atrevida pero necesaria, que presidirá el Reino de Dios en su etapa temporal. Al formularla Cristo no hace otra cosa que describir su propia existencia. El, jefe de la humanidad redimida, el más grande de todos, no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida; y así es como reina. Su discípulo está informado: no existe otra soberanía que la de la abnegación en el sacrificio hasta la muerte.

La conversación es cosa de un instante.
La santificación es obra de toda la vida.

EVANGELIO (Domingo 28 de Octubre) (XXX)

En aquel tiempo, cuando Jesús salió de Jericó, acompañado de sus discípulos y de una multitud, un mendigo ciego, Bartimeo, es decir, hijo de Timeo, estaba sentado al borde del camino. Al enterarse que pasaba Jesús, el Nazareno, se puso a gritar: "Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí". La gente quería hacerlo callar, pero él gritaba más fuerte: "Hijo de David, ten piedad de mí".

Jesús se detuvo y dijo: "Llámenlo". Entonces llamaron al ciego y le dijeron: "Animo, levántate, El te llama". Y el ciego, arrojando su manto, se puso de pie de un salto y fue hacia él, Jesús le preguntó: "¿Qué quieres que haga por tí?" El le respondió: "Maestro, que me devuelvas la vista". Jesús le dijo: "Vete, tu fe te ha salvado". Enseguida comenzó a ver y lo siguió por el camino. - San Marcos (10, 46-52).

UN CIEGO VIDENTE

Hoy, como en otras ocasiones, nos es dado observar que el segundo Evangelista el más breve de todos, es el que más se distingue por la vivacidad y por el realismo de sus relatos, por el colorido y carácter pintoresco de las escenas que nos describe; si San Marcos no fue testigo ocular de este episodio, no cabe duda alguna de que posee la versión directa de alguien que estuvo presente en el hecho de la curación. Seguiremos el relato impulsados por su evidente encanto, pero también porque cada uno de los detalles es en extremo propicio para interesantes aplicaciones morales que sería lamentable que las descuidáramos. Empecemos por decir que el favorecido por el milagro no es un desconocido en las filas de la primitiva Iglesia, razón por la cual se le menciona con su nombre. Allí estaba en su lugar de siempre, junto a las puertas de Jericó, en uso del derecho de piso, adquirido en gesto rutinario, que seguramente nadie le discutía, por la prioridad que otorga a todo ser humano la condición desgraciada: privilegio penoso, pero privilegio en fin. Por asociación de ideas nos ponemos a pensar en tantos cristianos, estacionados en la vera del camino, mirando el paso de sus hermanos que rodean y acompañan a Cristo, pero no se animan ni se deciden a incorporarse al grupo de los creyentes, porque no pueden aun, —es lo que dicen—, compartir y hacer suya la alegría de creer. Parecidos al mendigo del Evangelio, viven con la fe de los demás, que quisieran tenerla, pero que se escapa a sus deseos. Se sienten sinceramente desgraciados. Su fé, sacudida por dudas sobre tal o cual punto de nuestro dogma, o por una disposición general de confuso descreimiento, no la sienten muy sólida. Los mejores de entre ellos, aceptando todo y con humildad lo que la Iglesia propone a la fe de sus hijos, no pueden superar aquel sentimiento de inseguridad que los atormenta, incluso, cuando quieren dedicarse a la oración. Angustiados

se preguntan si pueden recibir los sacramentos; quisieran estar seguros en la contestación, pero no la ven. Sospechan por todo lo que oyen la presencia misteriosa de aquel a quien buscan, casi sin saberlo; y, no es para menos, como que todos hablan de El. Y como el ciego del Evangelio, enterado del paso del Profeta, empiezan a proferir la fórmula salvadora, cuando expresa fe y confianza: "Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí". Ni Bartimeo, ni los por él representados, se resignan a su triste condición, y protestan en forma ruidosa a pensar de las reacciones del público y de sus recriminaciones; los favorecidos rara vez prestan oído benévolo al clamor doloroso de los estropeados por la privación. Su insistencia los salva; pues, Cristo se detiene, y se coloca al alcance de sus manos, dispuesto a toda concesión y a todo favor. ¡Tal es el poder infalible de la oración! Jesús se detiene, como si la oración lo maniatara, desde ese momento todo lo demás no existe para El. Sólo le importa e interesa el desgraciado que le implora con fervor. Así habla el discípulo en el libro de la Imitación de Cristo: "Señor: ¿cuándo me será otorgado el verte en plenitud, y en la medida de mis deseos?... Pues, no he de interrumpir mi clamor, ni he de cesar de suplicarte hasta que me devuelvas tu gracia, y hasta que mi corazón oiga de nuevo que le hablas... Y llega la contestación segura del divino interpelado: "Aquí me tienes, y estoy contigo, porque tu clamorosa oración, ha llegado a mis oídos... A esta altura del encuentro y del diálogo, el ciego que no ve y quiere desesperadamente ver, no tiene más interés que en el gesto misericordioso de Cristo. No presta ninguna atención, al tintineo de las monedas en la bolsa de Judas; no quiere los óbolos que al son de las trompetas le brindan los fariseos opulentos. Tampoco le falta el pan; pero lo que quiere es luz. Nunca ha visto el sol, jamás ha visto las flores, tampoco ha contemplado los rasgos de su madre. Ante la pregunta del Maestro, resuena vibrante y anhelante la réplica: "pues que vea..." El pedido no tenía más que una contestación; y ella llega inmediata y total, a la medida de sus deseos y de su creencia: "Vete: tu fe te ha salvado..." Así terminan todos los encuentros con Cristo: en una visión de luz. Bartimeo mira, lo que deseó siempre, y se encuentra con su Salvador, con aquel que corrió los velos de sus ojos enfermos. La primera mirada le permitió conocer a Cristo. Los ojos recién nacidos ya no quieren desprenderse del rostro de Jesús. Por eso se puso a seguirlo por el camino. Ya tendrá tiempo de repasar las calles por las que andaba a ciegas y de informar a quienes le ofrecían alojamiento bajo su techo. Por ahora mira a Cristo porque quiere seguirlo. Descubre con el sentido premonitorio, que nace y se desarrolla en la desgracia, que la contemplación será breve. Decide seguirlo por el camino estrecho. Sube con El a Jerusalén, donde Cristo repite reiteradamente que será abofeteado, condenado y enviado a la muerte. Y allí en el Calvario los ojos transparentes de Bartimeo, tanto tiempo resecos, derramarán las primeras lágrimas, para enjuagarlas junto a la tumba vacía del Resucitado. Quién pudo ver a Cristo por haber creído, no necesita ya ver para creer. Lo salvó la fe. Cristo, misterioso peregrino de todos los hombres, nos llama a todos los apestados de la vereda: ¡a no agotarnos en las perniciosas alternativas de fidelidad y de duda! Levantémonos con decisión. El que nos llama disipará nuestras inquietudes y nos devolverá la certeza. Sólo una condición nos exige: que confiemos en El. Porque creer es estar seguro y es tener confianza.

LITURGIA (I)

*De la Constitución de
Sagrada Liturgia del
Concilio Vaticano II.*

Fomento de la vida litúrgica en la diócesis y en la parroquia

VIDA LITURGICA DIOCESANA

41. *El obispo debe ser considerado como el gran sacerdote de su grey, de quien deriva y depende en cierto modo la vida en Cristo de sus fieles.*

Por eso conviene que todos tengan en gran aprecio la vida litúrgica de la diócesis en torno al obispo, sobre todo en la iglesia catedral, persuadidos de que la principal manifestación de la Iglesia se realiza en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, particularmente en la misma Eucaristía, en una misma

oración, junto al único altar, donde preside el obispo rodeado de su presbiterio y ministros.

VIDA LITURGICA PARROQUIAL

42. *Como no le es posible al obispo, siempre y en todas partes, presidir personalmente en su iglesia a toda la grey, debe por necesidad erigir diversas comunidades de fieles. Entre ellas sobresalen las parroquias, distribuidas localmente bajo un pastor que hace las veces del obispo, ya que de alguna manera representa a la Iglesia visible establecida por todo el orbe.*

De aquí la necesidad de fomentar teórica y prácticamente entre los fieles y el clero la vida litúrgica parroquial y su relación con el obispo. Hay que trabajar para que florezca el sentido comunitario parroquial, sobre todo en la celebración común de la misa dominical".

Esta evocación de la Eucaristía celebrada por el obispo en medio de su pueblo tiene en la tradición una raíz muy profunda. Se encuentra en ella el eco de la enseñanza de los Padres Apostólicos. Procede de la naturaleza misma de la liturgia, en la cual el preámbulo de la Constitución presenta una epifanía del misterio de la Iglesia (art. 2). La Iglesia nunca aparece tanto como "el pueblo

santo consagrado" (art. 26) como en el momento en que está reunida visiblemente en la fe alrededor de su Apóstol. Si el obispo es el sumo sacerdote de su rebaño, lo es antes que nada porque es su Apóstol. Como presidente de la asamblea de los fieles, rompe el pan de la Palabra con la autoridad del Apóstol, antes de aproximarse al altar para ofrecer el sacrificio de la Alianza.

(Extractado De le Maison
Dieu Nº 77)

El expositor más elocuente de este magnífico ideal es San Ignacio de Antioquía cuyas instantes recomendaciones a las comunidades del Asia Menor son conocidísimas: "Seguid todos al obispo, como sigue al Padre Jesucristo, y al colegio de los presbíteros como a los apóstoles; en cuanto a los diáconos, veneradles como a la ley de Dios. Nadie haga sin el obispo algo que mira a la Iglesia. Considérese válida aquella eucaristía que se celebra por el obispo o por quien ha recibido autoridad de él. Donde aparece el obispo esté la comunidad, como está la Iglesia católica donde está Cristo. Sin el obispo no es lícito bautizar ni celebrar el ágape; todo lo que él ha aprobado es grato a Dios. De este modo, todo cuanto se haga será seguro y válido". "Como el Señor jamás hizo, ni por sí mismo ni por sus apósto-

les, cosa alguna sin el Padre, porque era una misma cosa con El, así tampoco vosotros debéis hacer algo sin el obispo y los presbíteros. En vano intentaréis hacer aparecer laudable alguna cosa que vosotros hayáis hecho guiados de criterios propios: sólo lo que hacéis en común es laudable. Una sola oración, una sola súplica, un solo espíritu, una sola esperanza, animada por la caridad, en la gloria sin mancha; esto es Jesucristo; más excelente que El no existe nada. Corred todos a un solo templo, a un solo altar, es decir, a Cristo, que es uno y que, procediendo de un Padre, permanece unido a El y a El ha retornado". "Procura, pues, participar en una sola eucaristía, ya que una es la carne de nuestro Señor Jesucristo uno es el cáliz que nos une en su sangre, uno es el altar, como uno es el obispo, circundado del colegio de los presbíteros y de los diáconos, mis compañeros de ministerio. De este modo, todo cuanto hagáis será hecho según la voluntad de Dios".

(Comentarios a la Constitución de
Sagrada Liturgia. BAC 238)

La importancia litúrgica de la parroquia no necesita defensa. Por lo demás la sociología religiosa tiende día a día a caracterizar la parroquia como una comunidad de culto. Con la extrema movilidad de las poblaciones y la cre-

ciente complejidad de los problemas humanos, la parroquia ya no puede bastar para la evangelización. El apostolado en los medios: de vida, de trabajo y de diversión; la penetración en las esferas de influencia en la profesión o en la información escapan a la parroquia. Con todo los cristianos tienen aún el deber de reunirse alrededor de la Palabra y del altar, de conducir sus hijos al bautisterio del nuevo nacimiento, de participar en los sacramentos a lo largo de toda su vida y de orar con sus hermanos. La parroquia les ofrece la comunidad de culto ya que ella de alguna manera representa a la Iglesia visible establecida por todo el orbe.

El Concilio insiste sobre la unidad entre la parroquia y el obispo. En efecto, es la diócesis la que representa en sí más perfectamente a la Iglesia visible establecida en

todo el universo, y la comunidad parroquial no participa en este carácter representativo sino por su relación con el obispo: el sacerdote, que preside la asamblea, ocupa el lugar del obispo. En su nombre, proclama la palabra de Dios, en comunión con él ofrece la Eucaristía. Por lo tanto es importante que la asamblea litúrgica parroquial se mantenga siempre abierta a las preocupaciones de la Iglesia diocesana así como de la Iglesia universal.

“El sentido de la comunidad parroquial” se desarrollará “en la celebración comunitaria de la misa dominical” en la medida en que esta celebración comunitaria se abra a las otras comunidades, a lo que San Pablo llamaba “solicitud por todas las Iglesias” (2 Cor 11,28).

Extractado de la M. Dieu Nº 77



DESARROLLA TU CARACTER

Una agencia de empleo pidió recientemente un informe confidencial sobre un cliente que buscaba una posición de responsabilidad.

“Incluya, por favor, información sobre su confiabilidad, iniciativa, reacción a las críticas, personalidad, actitud general, carácter, presentación y maneras sociales”, pedía el cuestionario. “Los informes no se enseñan ni se citan a los candidatos”.

Advierte cómo se pone más énfasis en las cualificaciones de carácter que en la habilidad técnica.

Poca gente cae en la cuenta de cuánto daño se hacen a sí mismas por no desarrollar y fortalecer sus rasgos espirituales y morales.

VOY A MISA

Los lugares de la celebración

Cuando era niño y me llevaban al circo y al teatro no quería, por nada del mundo, llegar durante la representación, ni siquiera justo antes del comienzo. Los momentos más hermosos, ¿no eran acaso los momentos de espera, frente a la pista vacía o frente a la cortina corrida, pero ya sacudida por estremecimientos y que pronto se iluminaba, anunciando ¿quién sabe qué maravillas?

Espero que a ninguno le choque esta evocación profana. Ciertamente, la Misa no puede ser comparada con un espectáculo teatral, lleno de peripecias y dotado de un desenlace inesperado. Sin embargo cuando se llega a la iglesia con un poco de adelanto, cuando los fieles se están reuniendo pero el santuario está aun vacío, se puede ya saborear el misterio por venir. El lugar mismo, la disposición de la iglesia, hacen presentir lo que se celebrará muy pronto. Si el lugar sagrado está bien adaptado a su función (lo que no siempre se da por motivos históricos o artísticos, o por rutina), éste guarda, de alguna manera, la impronta del acto que se ha llevado a cabo en él. También se podría decir, pues se trata de causas y de efectos recíprocos: el lugar anuncia la celebración que se le va a configurar.

Estoy con los demás fieles, en la "nave", nave donde se reúne el pueblo de Dios. Es a la vez un pueblo sagrado, y un pueblo igualitario, puesto que surge del mismo bautismo. Igualitario en el sentido de que en él las diversidades de rango, de fortuna, de cultura, de nacionalidad o de raza no cuentan. La arquitectura moderna permite reunir todo este pueblo sin estar dividido por capillas, galerías o hasta tribunas. Pueblo sagrado, sin embargo, es decir polarizado, unificado por el único misterio divino que va a consumarse no sólo delante de él, sino para él y también por él. La nave no es, pues, un lugar cerrado. Es una nave en crucero que va hacia una meta situada en el infinito. La nave no está terminada por el santuario: se abre hacia él, se le une, aun si antes estaban separados por verdaderas barreras (los cancelos de las basílicas romanas, convertidas en rejas, muros y galerías durante la baja Edad Media) hoy sólo se diferencian por algunos escalones, una bóveda más elevada, a veces más baja, una luz más gloriosa, un espacio diferenciado.

En este santuario, lo principal, es el altar. Una mesa, pero una sagrada mesa: la verdadera "mesa santa". La mesa no es muy grande, pues, sobre ella sólo se colocan las ofrendas eucarísticas y un libro. Por el momento está desnuda. Servirá solamente para el acto eucarístico, que no puede consumarse en otro lugar. La cruz que la preside recuerda que esta mesa es el lugar del sacrificio. Los cirios encendidos anuncian que se trata de un sacrificio vivo cuya víctima es una víctima gloriosa.

Lógicamente, el altar mira de frente a la asamblea: ¿No es éste el lugar usado por el sacerdote para convocar a la asamblea a la acción de gracias? Pero si el sacerdote está mirando hacia adelante, como lo estuvo durante siglos, se puede decir que no hace más que guiar al pueblo en marcha hacia el cielo, como el pastor que marcha a la cabeza de su rebaño (Jn 10,4).

Hay en el santuario otra mesa, aunque no tenga esa forma: la mesa de la Palabra, ambón (de un verbo griego que significa "ascender": es, en efecto, un

estrado al cual asciende el lector para ser visto y oído por todos (Neh. 8, 4-5). Desde allí el sacerdote también puede comentar y explicar la Palabra de Dios en la homilía. Y finalmente, desde allí el sacerdote o el diácono pueden proclamar las intenciones de la oración universal. Si se deben pronunciar públicamente durante la Misa otras palabras: anuncios, admoniciones, avisos diversos, conviene que sea desde otro lugar, puramente funcional, y no desde ese lugar sagrado.

Hay un tercer lugar necesario para la celebración, bien distinto de los otros dos: el de la "presidencia". Este término que parece pomposo recuerda sin embargo que el sacerdote no es el único actor en la celebración, pues ella pertenece a todo el pueblo. El sacerdote no es más que el presidente, y si se puede decir, el director de orquesta. El sitio de la presidencia debe estar colocado en el santuario de tal manera que el presidente vea bien al pueblo, sea visto y oído por él y mantenga la comunicación con el mismo. En las basílicas de Roma o de Africa, en los primeros siglos, el asiento del obispo estaba al fondo, bajo la media cúpula del ábside, lo que hacía repercutir su voz. En muchas iglesias, hoy, esta ubicación sería demasiado lejana. Hay que determinarla según la estructura del edificio; por esto no es posible dar una regla. Desde el sitio de la presidencia el sacerdote saluda al pueblo, efectúa el acto penitencial, pronuncia la primera (y a menudo la última) oración; desde allí escucha la Palabra de Dios proferida por otros; de allí comienza y concluye la oración universal, si las intenciones son proclamadas desde el ámbón por otro; y desde allí disuelve la asamblea con la bendición y la despedida final.

Hemos enumerado estos tres sitios de la celebración en un orden de importancia decreciente. En el desarrollo de la celebración, son ocupados en el orden inverso. El celebrante se ubica en el sitio de la presidencia para los ritos de la introducción y para escuchar la Palabra de Dios. Asciende al ámbón para proferir e interpretar él mismo la Palabra. Finalmente asciende al altar para la preparación de los dones, la oración eucarística y la comunión.

A. Roguet. - Extractado de "La Misa Renovada". Ediciones Paulinas



PROFUNDIZA TU VIDA INTERIOR

Separa cada día unos minutos para considerar en oración las viejas verdades fundamentales que a menudo olvidamos en la prisa de la vida.

Mediante esta práctica desarrollarás tu fortaleza interior y añadirás valor a todo lo que pienses, digas o hagas.

A medida que aumenta tu poder espiritual estarás mejor equipado para aplicar los ideales divinos en el mercado del mundo.

"La paz en la tierra no se puede lograr si no se asegura el bien de las personas y la comunicación espontánea entre los hombres de sus riquezas de orden intelectual y espiritual. Son absolutamente necesarios el firme propósito de respetar a los demás hombres y pueblos, así como su dignidad, y el apasionado ejercicio de la fraternidad, en orden a construir la paz. Así, la paz es también fruto del amor, que sobrepasa la meta indicada por la justicia".

(Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, n.º 78).

¡HAZ QUE TU VIDA VALGA LA PENA!

Una cerilla encendida en la oscuridad de la Casa de la Opera de Nueva York en una mañana de invierno de 1933 provocó la idea que condujo a la fundación del movimiento Cristóforo 12 años más tarde.

Un día estaba visitando al administrador de la Casa de la Opera y me invitó a visitar el interior del edificio. Cuando entramos en el vasto y vacío auditorio me pidió que esperara un momento mientras él iba a encender las luces.

En un segundo él había desaparecido en la oscuridad del patio de butacas y yo no podía verle. Estuve esperando varios minutos. Entonces, de pronto, en el escenario, resplandeció la llama de una cerilla que el administrador había encendido para no tropezar.

Jamás olvidaré la vista de aquella débil llama desde la última fila de butacas. Insignificante como era la luz de la cerilla, fue suficiente para vislumbrar en la oscuridad. No pude dejar de pensar que todo lo que necesitábamos para ahuyentar totalmente la oscuridad era multiplicar ese resplandor un millón de veces.

El administrador hizo precisamente eso un momento después. Cruzando el escenario encendió todas las luces inundando de luz la gran Casa de la Opera. En un momento la oscuridad había desaparecido.

El poder de aquel tenue punto de luz me causó una impresión profunda y duradera. Me trajo a la mente ideas como las siguientes que prepararon el camino para el movimiento Cristóforo:

1. PARTICIPANTE DE LO DIVINO — Dios Todopoderoso infunde en todo ser humano una pequeña pero importante participación del divino poder.

2. CADA LUZ CUENTA — La gente hará un gran progreso en su esfuerzo por hacer un mundo mejor cuando una persona tras otra reconozca su poder para encender por lo menos una tenue luz.

3. TODOS SOMOS NECESARIOS — Mucha gente abandonará rápidamente la idea de que ellos no cuentan para nada y vivirán vidas útiles en cuanto caigan en la cuenta de cuán necesario es su puntito de luz. Con el pueden atravesar la oscuridad y elevar el nivel de la vida privada y pública.

4. UNA MISION A REALIZAR — Cristo nos recuerda constantemente que cada persona tiene, sin excepción, una misión que llevar a cabo. Esta misión es llevar al mundo la luz y el calor de su amor: **"Que brille vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos"** (Mateo 5:16).

El sencillo objetivo del movimiento Cristóforo ha sido, a través de los años, animar a millones de personas a **"encender su luz"**, a hacer algo positivo y constructivo para corregir lo que hay de malo en el mundo.

Nuestro objetivo se resume en el lema Cristóforo: **"Es mejor encender una cerilla que maldecir de la oscuridad"**.

FIDELIDAD A LA INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO

Esta Sagrada Congregación, que tiene por oficio preservar la doctrina sobre la fe y las costumbres en todo el mundo católico, viene observando con vigilante atención la difusión de nuevas opiniones, que, o niegan o tratan de poner en duda la doctrina acerca de la indisolubilidad del matrimonio propuesta constantemente por el Magisterio de la Iglesia.

Tales opiniones son difundidas no sólo en los escritos de libros y revistas católicas, sino también en las escuelas católicas y seminarios; incluso empiezan a insinuarse en tal o cual diócesis en la práctica de los tribunales eclesiásticos.

Además de tales opiniones y de otros motivos racionales o pastorales, se toma argumento en algunas partes para justificar los abusos contra la disciplina vigente de no admitir a los sacramentos a aquellos que viven en unión irregular.

Por estos motivos, este Sagrado Dicasterio, en su reunión plenaria del año 1972, examinó este asunto y, con la aprobación del Santo Padre, mandó exhortar con ahínco a todos los obispos a vigilar diligentemente para que todos aquellos a quienes se les ha confiado el oficio de enseñar la religión en los colegios e institutos o de actuar en los tribunales eclesiásticos, permanezcan fieles a la doctrina de la Iglesia sobre la indisolubilidad del matrimonio, y la apliquen prácticamente en los tribunales eclesiásticos.

Respecto de la admisión a los sacramentos, los ordinarios del lugar deben, por una parte, urgir la observancia de la actual disciplina de la Iglesia; por otra, deben procurar que los pastores de almas traten con especial solicitud a los que viven en unión irregular, utilizando en la solución de tales casos, además de los medios adecuados, la práctica aprobada por la Iglesia para el fuero interno.

Franz Card Speer, prefecto; Jerónimo Jamer, O. P., secretario.

"Si ambas partes, en el matrimonio, están dispuestas a sacrificar sus egoísmos y renunciar al lujo de excusarse siempre... hallarán la verdadera felicidad conyugal".

Dr. REUBEN

MATRIMONIO

Realidad

Trabajo

Comunicación

Amor

Unidad

“Si tuviéramos verdadera idea de lo que esas dos palabras ‘Sí, quiero’ significaban, comentaba una pareja al celebrar el duodécimo aniversario de su boda, “¡nunca probablemente hubiéramos tenido el valor de pronunciarlas!”

Las palabras “Sí, quiero” simbolizan la opción personal hecha por un hombre y una mujer de establecer una mutua relación y empezar una nueva forma de vida. Cuando se intercambiaron las promesas matrimoniales tal vez no se entendió el sentido de esas palabras con todas sus consecuencias. Ni era posible entonces.

El paso-del tiempo y las circunstancias que van cambiando inevi-

tablemente modifican las relaciones humanas.

La negligencia de los casados a reexaminar continuamente su matrimonio a medida que éste sufre las presiones de la vida diaria puede amenazar seriamente la unión que ellos ratificaron públicamente el día de su boda.

Cualquiera fuera el sentido de “Sí, quiero” cuando se pronunció por vez primera —haga un año o treinta— una renovación constante de las relaciones marido-esposa se hace necesaria si se quiere que vivir juntos provea:

- una experiencia mutuamente enriquecedora;
- una aceptación de la ardua aventura del desarrollo personal;
- una continua donación de sí mismo;
- una atmósfera de amor y fortaleza para alimentar nueva vida;
- un misterioso reflejo de la unidad que Dios desea para el mundo.

“SÍ, QUIERO” SIGNIFICA DAR CARA A LA REALIDAD

Las presiones sobre el matrimonio:

Antes de casarse — Muchas parejas no comparten ni discuten sus sentimientos básicos, ideales y expectativas . . . Algunos equivocadamente esperan que la vida de matrimonio “cambiará” los defec-

tos del otro . . . Algunos ven la compatibilidad sexual como un fin en si mismo en lugar de verla como un importante factor en medio de otros valores . . . Otros se casan por impulso, como un acto de rebelión contra sus padres, por razones de seguridad económica, o de pura aunque mal analizada soledad.

Si existe un acuerdo mutuo de dar los pasos necesarios, estos matrimonios se pueden restaurar de acuerdo con lo que fue la promesa original.

Dentro del matrimonio — El choque de dos personalidades que quieren “sacar” más de lo que “dan” . . . ser incapaces o negarse a discutir asuntos de mutuo interés . . . desacuerdo en tener hijos o en la forma de educarlos . . . demasiado poco dinero o mala administración del mismo . . . falta de medios para mantener la intimidad o malas condiciones en la vivienda . . . preocupaciones derivadas de la profesión . . . descuido o excesiva preocupación con los niños . . . diferencias de religión o indiferencia . . . resistencia al cambio.

Con un cambio de actitud y, si es necesario, la ayuda de gente experta, muchos de estos problemas tienen solución.

Presiones externas — La confusión causada por elegantes voces cuyas ideas y actitudes tienden

a desacreditar los valores judeo-cristianos . . . excesivas exigencias por parte de amigos, familiares o vecinos . . . falta de adecuada atención por parte de las fuentes tradicionales de asistencia religiosa y cívica . . . la desalentadora influencia de otras parejas cuyo matrimonio anda mal o está a punto de romperse . . . la explotación comercial del sexo.

Cada pareja debe con franqueza y espíritu de oración hacer frente a estas fuerzas de afuera y reafirmar la estabilidad de su hogar como centro de vida y calor que irradia a la vecindad, a la nación y al mundo entero.

LA REALIDAD EXIGE TRABAJO ARDUO

Prepárate para las frustraciones — A una mujer casada por cincuenta años se le hizo esta pregunta: “¿Ha estado usted nunca tentada de divorciarse de su marido?”

“¡De divorciarlo — nunca!” contestó la mujer. “Pero de matarlo — ¡muchas veces!”

Esta respuesta medio en broma nos recuerda que en la misma intimidad del matrimonio puede haber malas interpretaciones, tensión y hasta conflicto abierto.

La promesa que originó esta misma intimidad con frecuencia desaparece de vista en medio de los problemas diarios.

Y sin embargo, es viviendo de acuerdo con las exigencias de la

vida matrimonial —y no alejándose de ellas— como se realiza una de las más satisfactorias formas de existencia humana.

“Ayúdense unos a otros a soportar sus cargas, y así cumplirán la ley de Cristo” (Gal. 6:2).

Controla estos rasgos — El matrimonio es una forma especial de amistad. Para fomentar esta amistad, evita estos diez rasgos desagradables:

1. Falta de responsabilidad
2. Malos modales
3. La tendencia a exagerar
4. El alardear
5. El sarcasmo
6. Complejos de inferioridad
7. Controlar insistentemente a los demás
8. Criticar y buscar faltas
9. Hablar a espaldas de otro
10. Querer dominar a los otros

El periódico que publicó estos rasgos comentaba: “Lo más curioso es que todos estos rasgos son controlables”.

“Lo que quieras que los demás hagan contigo, hazlo tú con los demás” (Mat., 7:12).

Evita que llegue la crisis — En el matrimonio, como en todas las cosas, nuestra tendencia es esperar que los problemas se agranden para tomar medidas. Entonces tomamos soluciones precipitadas que no consiguen llegar a las raíces del problema, y evitar que el problema ocurra otra vez.

El experimentado Dr. Edward Litin sugiere los siguientes pasos para resolver conflictos matrimoniales:

- busque un acuerdo o compromiso
- después olvídense de la disputa
- límitense al asunto que causa el problema
- refrénense de usar palabras que luego les tengan que pesar
- pónganse de acuerdo en lo que tienen que hacer

A lo que se podría añadir: está dispuesto a pedir disculpas. . . “No dejes que el sol se ponga sobre tu cólera” (Efesios 4:26).

Persevera en tus esfuerzos — A Fritz Kreisler, el violinista, se le acercó una entusiasta admiradora que gritó: “Mr. Kreisler, daría toda mi vida para tocar como usted!”

“Señora”, replicó el violinista con calma, “eso es lo que he hecho yo”.

No hay músico que llegue a la fama sin incansables horas y solitarios años de práctica.

En el matrimonio como en la música, la calidad de la vida matrimonial depende de la voluntad del marido y la mujer de perseverar en generosa fidelidad mutua, de entregar sus vidas para crear armonía en el hogar.

En último término es la sociedad entera la que se beneficia a medida que una pareja tras otra deciden tomar esta decisión.

EL TRABAJO ARDUO SE FACILITA CON LA COMUNICACION

Aprende a escuchar — El periodista Louis Cassels habla de escuchar como de un ministerio:

— “Cuando una persona se confía a ti, normalmente no quiere consejo; quiere que alguien le comprenda y se preocupe de sus problemas.

— “Cuando tú no puedes hacer nada, escuchar requiere la voluntad de sufrir silenciosamente con el amigo que sufre.

— “La capacidad de suspender los juicios morales o al menos de suprimir el impulso de manifestarlos” es esencial al arte de escuchar.

“Busqué compasión, pero no la había; y a quien se apiadara, pero no lo hallé”. (Salmo 69:20).

No te apresures en dar la culpa — Una pareja empezó a discutir azoradamente cuando al regresar a casa una noche encontraron el televisor en marcha. Se acusaron uno al otro de dejar el televisor puesto.

Su discusión se reanudó a la mañana siguiente. En aquel momento el teléfono sonó y el televisor se prendió solo. Entonces descubrieron que el timbre de su teléfono era capaz de prender y apagar su televisor. La frecuencia del timbre del teléfono disparaba el mando remoto del televisor.

Repasa bien los pequeños malos entendimientos antes de que se hagan grandes. Evita el sarcasmo como si fuera una plaga. Antes de criticar estás seguro de que conoces bien todos los hechos.

LA COMUNICACION LLEVA AL AMOR

Demuestra que tú te preocupas — Un hombre en Escocia encontró una manera poco corriente de decir a su esposa cuánto significaba ella para él en su 27 aniversario.

Encargó un letrero de 3 metros por 2 con dos corazones atravesados por una flecha y una inscripción que decía “Ralph ama a Etty”. Entonces puso el letrero en una calle muy comercial para que todo el mundo lo viera.

La cosa resultó ser demasiado. Su avergonzada esposa exclamó: “Cuando vi el letrero temblé de arriba abajo. Ralph sigue pensando cosas como esa, pero nunca lo manifestó públicamente. En verdad, es un hombre maravilloso”.

El amor sólo está limitado por nuestra habilidad —y buen sentido— en hallar nuevas formas de expresarlo.

Perfecciona el arte del cumplimiento que halaga honestamente.

Aprovecha cada minuto — Una revista proponía cuatro caminos por los que marido y mujer pueden reforzar su amor pasando más tiempo juntos:

1. Aprovecha breves momentos — Una mujer sacó gran partido de los doce minutos que se tomaba acompañar en carro a su marido para que tomara el bus cada mañana. Este era “su” momento.

2. Compartan su trabajo — Busquen hacer ciertas cosas juntos en lugar de distribuir todas sus tareas por separado.

3. Busquen diversiones que les gusten a ambos — montar en bicicleta, dar un paseo, ir al cine.

4. Hazte tiempo — ¡Que cada uno ponga al otro primero!

Sé cariñoso — Las relaciones sexuales entre el marido y la esposa son la más íntima expresión física de amor. Pero el cariño se debe expresar de mil maneras en todas las circunstancias de la vida familiar.

Una palmadita en la espalda, la cabeza reclinada en el hombro, un fuerte abrazo, un beso, darse las manos, sentarse juntos en el sofá, hasta atarle el zapato a uno — todas estas cosas demuestran la necesidad de cariño que tiene el ser humano . . . No olvides cuán importante es para uno sentirse aceptado.

Acuérdate — “El propósito de la familia”, dice Rosemary Houghton, escritora y madre, “es formar gente que sea capaz de amar.”

La forma en que marido y mujer se tratan mutuamente causa una impresión mucho más dura-

dera en los niños —para bien o para mal— que toda la educación, sermones y psicólogos en el mundo.

El alarmante número de divorcios demuestra la dramática necesidad de que cada familia sea “una escuela de amor.”

EL AMOR CREA UNIDAD

Evalúa tu matrimonio — El mandamiento de Cristo de amarnos uno al otro como El nos ha amado, ha tomado nuevo sentido y atractivo para miles de parejas que han participado en un programa de gran éxito, el “Encuentro Matrimonial”.

En un fin de semana especial las parejas descubren nuevas técnicas de comunicación, examinan sus relaciones, y se abren el uno al otro como nunca lo habían hecho anteriormente.

Marido y mujer exploran juntos áreas como:

— *Yo* — ¿Cuáles son mis puntos fuertes como persona? ¿Cuál es mi defecto principal como marido (mujer)?

— *Nosotros* — ¿Cuáles son las cosas que me gustan más (menos) de ti?

¿Nos vemos y aceptamos uno al otro como somos realmente?

¿Qué es lo que nos une (separa) más?

— *Dios* — ¿Qué espera Dios de nosotros ahora? ¿Qué es lo que nos acerca a El y al uno al otro?

— *Hijos* — ¿Qué es lo que pen-

samos de cada uno de ellos?

¿En qué estamos (o no estamos) de acuerdo acerca de ellos?

¿Tienen ellos confianza en nosotros?

¿Les educamos en la libertad y el amor?

Hay otras preguntas referentes a familiares, vecinos, y responsabilidades en el hogar y el mundo.

Los beneficios de la continua experiencia del Encuentro están bien expresados en las siguientes palabras:

“El amor humano es el agua que el milagro del matrimonio transforma en vino. Agua que sigue en las mismas viejas tinajas; pero el amor de un hombre por su mujer y viceversa, fortalecido y profundizado en el Encuentro, hace que la vieja tinaja experimente un gozo que nadie puede turbar”.

(Para información, escriba a: José y Margarita Pich, Rosales 8, Barcelona 17, ESPAÑA; o a Alfonso y Alicia Valdes, 3132 San Vicente Ave., Dallas, Texas, 75228, U.S.A.)

El matrimonio no se debe tomar por supuesto. Pide esfuerzo durante toda la vida. Y ésto significa momentos periódicos de reflexión, examen, y honesto y amante diálogo.

Visto en esta luz, y con la asistencia que Dios prometió, el matrimonio puede ser fuente de alegría, de desarrollo personal y de

renovación para un mundo que se ha enfriado por falta de amor.

TE AMO . . .

No sólo por lo que eres sino por lo que yo soy cuando estoy contigo.

Te amo
no sólo por lo que tú has hecho de ti mismo (misma)
sino por lo que tú estás haciendo de mí.

Te amo, por esa parte de mí mismo que tú estás desarrollando.

Te amo, porque pusiste tu mano en mi desbordado corazón, pasando sobre todas las locuras y debilidades que sin duda sabías que encontrarías ahí, y poniendo al descubierto todas las bellas posesiones que nadie más buscó suficientemente para encontrar.

Te amo porque me estás ayudando a hacer de las vigas no una taberna, sino un templo; de mi trabajo, de mi cada día, no un reproche, sino un canto.

Te amo.
porque tú has hecho más de lo que ningún credo podría haber hecho

para hacerme sentir mi bondad. Tú lo has hecho, con tu tacto, con tus palabras con tu propio ser.

—Roy Croft

Declaración "Mysterium Ecclesiae", sobre la Doctrina Católica acerca de la Iglesia para defenderla de algunos errores actuales

"La Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, confía la presente declaración a la atenta solicitud de los obispos, y de todos aquellos que, por cualquier título, comparten el deber de salvaguardar el depósito de la verdad legado a la Iglesia por Cristo y sus apóstoles. Y la dirige también con confianza a los fieles y, de manera especial, dada la importancia de su función en la Iglesia, a los sacerdotes y a los teólogos, para que todos estén concordes en la fe y en sincera consonancia con la Iglesia".

El misterio de la Iglesia, ilustrado con nueva luz por el Concilio Vaticano II, ha sido objeto de reflexión, una y otra vez, en numerosos escritos teológicos. No pocos de éstos han ayudado a comprender mejor el misterio; otros, en cambio, debido a su lenguaje ambiguo o también erróneo, han oscurecido la doctrina católica, llegando alguna vez a oponerse a la fe católica, incluso en cosas fundamentales.

Frente a una situación tal, no han faltado obispos de numerosos países que, conscientes de su responsabilidad «de conservar puro e íntegro el depósito de la fe» y «de anunciar constantemente el Evangelio» han procurado defender del peligro de error, con declaraciones afines entre sí, a los fieles confiados a su cuidado pastoral. La II Asamblea general del Sínodo de los Obispos, tratando del sacerdocio ministerial, ha expuesto diversos puntos doctrinales de no poca importancia, en lo que se refiere a la constitución de la Iglesia.

La Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, cuya misión es "tutelar la doctrina acerca de la fe y costumbres en todo el mundo católico", siguiendo las huellas de los dos últimos Concilios Vaticanos, intenta recoger y declarar algunas verdades que, de algún modo, pertenecen al misterio de la Iglesia y que se han visto negadas o puestas en peligro.

1. Unicidad de la Iglesia de Cristo.

Una sola es la Iglesia que «nuestro Salvador dejó al cuidado pastoral de Pedro, después de la Resurrección (cfr. Jn., 21, 17); a él y a los demás apóstoles confió su difusión y su gobierno (cfr. Mt., 18, 18 ss.) y la erigió como columna

y fundamento de la verdad para siempre» (cfr. 1 Tim., 3, 15); y esta Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él». Esta declaración del Concilio Vaticano II es ilustrada por el mismo Concilio, cuando afirma que «sólo por medio de la Iglesia católica de Cristo, que es el auxilio general de salvación, puede alcanzarse la plenitud total de los medios de salvación»; y que la misma Iglesia católica «se halla enriquecida con toda la verdad divinamente revelada y todos los medios de la gracia», de los cuales Cristo ha querido dotar a su comunidad cristiana. Esto no impide el que la misma Iglesia, durante su peregrinación terrena, «al encerrar en su propio seno a pecadores, sea al mismo tiempo santa y tenga necesidad de continua purificación»; y tampoco que «fuera de su estructura», concretamente en las Iglesias o comunidades eclesiales que no están en perfecta comunión con la Iglesia católica, «se encuentren numerosos elementos de santidad y de verdad que, como bienes propios de la Iglesia de Cristo, impulsan hacia la unidad católica».

Por tales razones, «es necesario que los católicos reconozcan con gozo y aprecien los valores genuinamente cristianos, procedentes del patrimonio común, que se encuentran entre los hermanos separados»; y, con un esfuerzo común de purificación y de renovación, deben empeñarse en el restablecimiento de la unidad de todos los cristianos para que se cumpla la voluntad de Cristo y la división de los cristianos no siga impidiendo la proclamación del Evangelio en el mundo. Pero, al mismo tiempo, los católicos están obligados a profesar que pertenecen, por misericordioso don de Dios, a la Iglesia, fundada por Cristo y guiada por los sucesores de Pedro y de los demás apóstoles, en cuyas manos persiste íntegra y viva la primigenia institución y la doctrina de la comunidad apostólica, que constituye el patrimonio de verdad y santidad de la misma Iglesia. Por lo cual no pueden los fieles imaginarse la Iglesia de Cristo como si no fuera más que una suma —ciertamente, dividida, aunque en algún sentido, una— de Iglesias y de comunidades eclesiales, y en ningún modo son libres de afirmar que la Iglesia de Cristo hoy no existe ya verdaderamente en ninguna parte, de tal manera, que se la debe considerar como una meta a la cual han de tender todas las Iglesias y comunidades.

2. Infalibilidad de la Iglesia universal.

«Dispuso Dios benignamente que cuanto había revelado para la salvación de todas las gentes se conservara íntegro para siempre». Por eso confió a la Iglesia el tesoro de la palabra de Dios, en cuya conservación, penetración y aplicación a la vida contribuyen los pastores y el pueblo santo.

El mismo Dios, absolutamente infalible, ha querido dotar a su nuevo pueblo, que es la Iglesia, de una cierta infalibilidad participada, que se circunscribe al campo de la fe y de las costumbres, que vige cuando todo el pueblo sostiene, sin lugar a dudas, algún punto doctrinal perteneciente a estos campos; y en fin, que depende constantemente de la sabia providencia y de la unción de la gracia del Espíritu Santo, el cual guía en toda verdad a la Iglesia hasta la gloriosa venida del Señor. Acerca de esta infalibilidad del pueblo de Dios, declara el Concilio Vaticano II: «La totalidad de los fieles que tienen la unción del Espíritu Santo (cfr. 1 Jn., 2, 20 y 27) no puede equivocarse cuando cree; y manifiesta esta

prerrogativa peculiar suya mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo cuando, «desde los obispos hasta los últimos fieles seglares» (San Agustín, «Prae Sant., 14, 27»), presta su consentimiento unánime en las cosas de fe y costumbres».

Además, el Espíritu Santo ilumina y sostiene al pueblo de Dios en cuanto cuerpo de Cristo unido en comunión jerárquica. Lo dice el Concilio Vaticano II cuando a las palabras arriba citadas añade: «Mediante este sentido de la fe, que el Espíritu de verdad suscita y mantiene, el pueblo de Dios se adhiere indefectiblemente «a la fe confiada de una vez para siempre a los santos» (Jud., 3), penetra más profundamente en ella con juicio certero y le da más plena aplicación en la vida, guiado en todo por el magisterio, sometiéndose fielmente, al cual no acepta ya una palabra de hombres, sino verdaderamente la palabra de Dios (cfr. 1 Test., 2, 13).

Sin duda alguna, los fieles, que participan también en una cierta medida a la misión profética de Cristo, contribuyen de muchas maneras a incrementar la comprensión de la fe en la Iglesia. «En efecto —así lo dice el Concilio Vaticano II—, va creciendo la comprensión, tanto de las realidades cuanto de las palabras transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian meditándolas en su corazón (cfr. Lc., 2, 19, 51), cuando perciben íntimamente las realidades espirituales que experimentan, cuando las proclaman los obispos, que, con la sucesión episcopal, recibieron el carisma cierto de la verdad». El Sumo Pontífice Pablo VI insiste también en que los pastores de la Iglesia den un «testimonio que esté firmemente vinculado a la tradición y a la Sagrada Escritura y alimentado por la vida de todo el pueblo de Dios.

Pero sólo a estos pastores, sucesores de Pedro y de los demás apóstoles, pertenece por institución divina enseñar a los fieles auténticamente, es decir, con la autoridad de Cristo, participado por ellos de diversos modos; por esto los fieles no pueden darse por satisfechos con oírlos como expertos de la doctrina católica, sino que están obligados a recibir a los que les enseñan, con adhesión proporcionada a la autoridad que poseen, ya que tienen intención de ejercer. De ahí que el Concilio Vaticano II, siguiendo las huellas del Concilio Vaticano I, enseña que Cristo ha instituido en Pedro «el principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad de la fe y de la comunión»; y, por su parte, el Sumo Pontífice Pablo VI ha afirmado: «El magisterio de los obispos es para los creyentes el signo y el camino que les permite recibir y reconocer la palabra de Dios». Por más que el sagrado magisterio se valga de la contemplación, de la vida y de la búsqueda de los fieles, sin embargo, su función no se reduce a sancionar el consentimiento expreso por ellos; sino que, incluso, al interpretar y explicar la palabra de Dios, escrita o transmitida, puede prevenir tal consentimiento y hasta exigirlo. Finalmente, el mismo pueblo de Dios, para que no sufra menoscabo en la comunión de la única fe, dentro del único cuerpo de su Señor (cfr. Ef., 4, 4 y 5), necesita tanto más de la intervención y de la ayuda del magisterio cuando en su propio seno surgen y se difunden divisiones sobre la doctrina que hay que creer o mantener.

3. Infalibilidad del magisterio de la Iglesia.

Jesucristo quiso que el magisterio de los pastores, a quienes confió el ministerio de enseñar el Evangelio a todo el pueblo y a toda la familia humana, estuviese dotado del conveniente carisma de la infalibilidad en las cosas de fe y costumbres. Como este carisma no es fruto de nuevas revelaciones, cosa de que gozara el sucesor de Pedro y el Colegio Episcopal, no les dispensa de la necesidad de escrutar con los medios apropiados el tesoro de la divina revelación contenido en las Sagradas Escrituras —en las cuales se enseña intacta la verdad que Dios ha querido fuese escrita para nuestra salvación— y contenido también en la tradición viva de los apóstoles. En el cumplimiento de su misión, los pastores de la Iglesia gozan de la asistencia providencial del Espíritu Santo, que alcanza su cumbre cuando instruyen al pueblo de Dios, de tal modo que transmiten una doctrina necesariamente libre de error, en virtud de las promesas de Cristo hechas a Pedro y a los demás apóstoles.

Esto tiene lugar cuando los obispos, dispersos por todo el mundo, pero enseñando en comunión con el sucesor de Pedro, están de acuerdo en considerar como definitiva una sentencia. Esto se realiza más claramente, ya sea cuando los obispos, con un acto colegial —como en el caso de los Concilios Ecuménicos— en comunión con su Cabeza visible definen una doctrina que hay obligación de mantener, y también cuando el Romano Pontífice «habla *ex cathedra*, es decir, cuando, cumpliendo su oficio de pastor y doctor de todos los cristianos, define con su suprema autoridad apostólica que una doctrina sobre la fe o sobre las costumbres debe ser mantenida por la Iglesia universal».

Según la doctrina católica, la infalibilidad del magisterio de la Iglesia no sólo se extiende al depósito de la fe, sino también a todo aquello sin lo cual tal depósito no puede ser custodiado y expuesto como se debe. La extensión de esta infalibilidad al depósito mismo de la fe es una verdad que la Iglesia, desde sus orígenes, ha tenido por ciertamente revelada en las promesas de Cristo. Fundándose precisamente en esta verdad, el Concilio Vaticano I definió el objeto de la fe católica: «Se debe creer con fe divina y católica todo lo que está contenido en la palabra de Dios, escrita o transmitida, y que la Iglesia propone para creer como divinamente revelado, con una declaración solemne o **mediante el magisterio ordinario y universal**. Consiguientemente, el objeto de la fe católica, que se conoce con el nombre de dogmas, es necesariamente, y lo fue en todo tiempo, la norma inmutable no sólo para la fe, sino también para la ciencia teológica.

4. No minimizar el don de la infalibilidad de la Iglesia.

De lo dicho anteriormente sobre la extensión y las condiciones de la infalibilidad del pueblo de Dios y del magisterio eclesiástico, se sigue que de ningún modo está permitido a los fieles admitir en la Iglesia sólo una «fundamental» permanencia en la verdad, que, como algunos sostienen, se puede conciliar con errores diseminados por doquier en las sentencias definitivas del magisterio, así como en el consentimiento ajeno a toda duda del pueblo de Dios en materia de fe y costumbres.

Es verdad que mediante la fe saludable los hombres se convierten a Dios que se revela a sí mismo en Jesucristo; pero es un error querer inferir, de ahí que los dogmas de la Iglesia, expresión de otros misterios, puedan despreciarse o negarse. Más aun, la conversión a Dios, que estamos obligados a prestar por la fe, es una cierta obediencia (cfr. Rom., 16, 26), que es necesario adaptar a la naturaleza de la Revelación y a sus exigencias. Esta Revelación en todo el ámbito de la salvación, narra y enseña que ha de aplicarse a la conducta de los cristianos el misterio de Dios, el cual envió su Hijo al mundo (cfr. 1 Jn., 4, 14); y exige, por tanto, que en plena obediencia de entendimiento y voluntad a Dios, que revela, sea aceptado el anuncio de la salvación tal como es enseñado infaliblemente por los pastores de la Iglesia. Los fieles se convierten debidamente, mediante la fe, a Dios, que se revela en Cristo, cuando se le unen en toda la doctrina de la fe católica.

Ciertamente, existe un orden y como una jerarquía de los dogmas de la Iglesia, siendo como es diverso su nexo con el fundamento de la fe. Esta jerarquía significa que unos dogmas se apoyan en otros como más principales y reciben luz de ellos. Sin embargo, todos los dogmas, por el hecho de haber sido revelados, han de ser creídos con la misma fe divina.

5. No falsificar la noción de infalibilidad de la Iglesia.

La transmisión de la divina Revelación por parte de la Iglesia encuentra dificultades de distinto género. Estas surgen ante todo por el hecho de que los misterios escondidos de Dios «transcenden de tal manera por su naturaleza el entendimiento humano que, aunque hayan sido transmitidos por la Revelación y recibidos por la fe, sin embargo, permanecen velados por la fe misma y como envueltos en la oscuridad»; surgen luego de las condiciones históricas que repercuten en la expresión de la Revelación.

Por lo que se refiere a este condicionamiento histórico, se debe observar ante todo que el sentido de los enunciados de la fe depende en parte de la fuerza expresiva de la lengua en una determinada época y en determinadas circunstancias. Ocurre, además, no pocas veces que una verdad dogmática se expresa en un principio de modo incompleto, aunque no falso, y más adelante, vista en un contexto más amplio de la fe y de los conocimientos humanos, se expresa de manera más plena y perfecta. La Iglesia, por otra parte, cuando hace nuevos enunciados, intenta confirmar o aclarar las verdades ya contenidas, de una manera o de otra, en la Sagrada Escritura o en precedentes expresiones de la tradición, pero al mismo tiempo suele pensar en resolver ciertas cuestiones o también extirpar errores; todo esto hay que tenerlo en cuenta para entender bien tales enunciados. Finalmente hay que decir que si bien las verdades que la Iglesia quiere enseñar de manera efectiva con sus fórmulas dogmáticas se distinguen del pensamiento mutable de una época y pueden expresarse al margen de estos pensamientos, sin embargo, puede darse el caso de que tales verdades pueden ser enunciadas por el sagrado magisterio con palabras que sean evocación del mismo pensamiento.

Teniendo todo esto presente, hay que decir que las **fórmulas** dogmáticas del magisterio de la Iglesia han sido aptas desde el principio a comunicar la verdad

revelada y que, permaneciendo las mismas, lo serán siempre para quienes las interpretan rectamente. Sin embargo, de esto no se deduce que cada una de ellas lo haya sido o lo seguirá siendo en la misma medida. Por esta razón, los teólogos tratan de fijar exactamente la intención de enseñar contenida realmente en las diversas fórmulas, y prestan con este trabajo una notable ayuda al magisterio vivo de la Iglesia, al que están subordinados. Por esta misma razón puede suceder también que algunas fórmulas dogmáticas antiguas y otras relacionadas con ellas permanezcan vivas y fecundas en el uso habitual de la Iglesia, con tal de que se les añadan oportunamente nuevas exposiciones y enunciados que conserven e ilustren su sentido primordial. Por otra parte, ha ocurrido también alguna vez que en este mismo uso habitual de la Iglesia algunas de estas fórmulas han cedido el paso a nuevas expresiones que, propuestas o aprobadas por el sagrado magisterio, manifiestan más clara y plenamente su sentido.

Por lo demás, el **sentido** mismo de las fórmulas dogmáticas es siempre verdadero y coherente consigo mismo dentro de la Iglesia, aunque pueda ser aclarado más y mejor comprendido. Es necesario, por tanto, que los fieles rehuyan la opinión según la cual: en principio, las fórmulas dogmáticas (o algún tipo de ellas) no pueden manifestar la verdad de modo concreto, sino solamente a base de aproximaciones mudables que la deforman o alteran de algún modo; además, las mismas fórmulas manifiestan solamente de manera indefinida la verdad, la cual debe ser, por tanto, buscada a través de aquellas aproximaciones. Los que abracen tal opinión no escapan al relativismo teológico y falsean el concepto de la infalibilidad de la Iglesia que se refiere explícitamente a la verdad que hay que enseñar y mantener.

Una opinión tal está en abierto contraste con las declaraciones del Concilio Vaticano I, el cual, aunque consciente del progreso de la Iglesia en el conocimiento de la verdad revelada, sin embargo, enseñó: «El sentido de los dogmas, que nuestra Santa Madre la Iglesia ha propuesto de una vez para siempre, debe ser mantenido permanentemente y no puede uno abandonarlo con la vana pretensión de conseguir una inteligencia más profunda»; ordenó también la sentencia, según la cual puede ocurrir «que a los dogmas propuestos por la Iglesia se les deba dar alguna vez, de cara al progreso de la ciencia, otro sentido diverso del que entendió y entiende la Iglesia». No hay duda de que, según estos textos del Concilio, el sentido de los dogmas que declara la Iglesia es determinado e irreformable.

La misma opinión discrepa también de la declaración hecha por el Sumo Pontífice Juan XXIII acerca de la «doctrina cristiana», en la inauguración del Concilio Vaticano II: «Es necesario que esta doctrina cierta e inmutable, a la que se debe prestar fiel asentimiento, sea estudiada y expuesta en conformidad con la exigencia de nuestro tiempo. En efecto, una cosa es el depósito de la fe, es decir, las verdades contenidas en la doctrina revelada, y otra cosa el modo de expresar estas verdades conservando, sin embargo, su sentido y su aceptación». Dado que el sucesor de Pedro habla aquí de la doctrina cristiana **cierta** e inmutable, del depósito de la fe que se identifica con las verdades contenidas en esta doctrina, y habla también de verdades cuyo significado no se puede cambiar, es claro que él reconoce un sentido de los dogmas, discernible por nosotros, verdadero e inmutable. La novedad que él mismo recomienda, teniendo en cuenta las necesidades de los tiempos, concierne solamente

a la manera de investigar, exponer y enunciar esta doctrina con su sentido permanente. De modo semejante, el Sumo Pontífice Pablo VI, exhortando a los pastores de la Iglesia, declaró: «Debemos aplicarnos hoy con todo empeño a conservar en la doctrina de la fe la plenitud de su significación y todo su alcance, expresándola, sin embargo, de manera que hable al espíritu y al corazón de los hombres, a quienes va dirigida».

6. La Iglesia asociada al sacerdocio de Cristo.

Cristo nuestro Señor, Pontífice de la nueva y eterna alianza, ha querido asociar y conformar con su sacerdocio perfecto al pueblo rescatado por El con su sangre (cfr. Heb., 7, 20-22; 26-28; 10, 14, 21). El ha hecho, pues, participar de su sacerdocio a la Iglesia mediante el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico; estas dos formas del sacerdocio, que difieren por esencia y no sólo en cuanto al grado, se ordenan recíprocamente en la comunión eclesial.

El sacerdocio común de los fieles, llamado también con toda propiedad sacerdocio real (cfr. 1 Pet., 2, 9; Apoc., 1, 6; 5, 9 ss.), porque realiza la conjunción de los fieles, en cuanto miembros del pueblo mesiánico, con su Rey celestial, se confiere en el sacramento del bautismo. En virtud de este sacramento por razón del signo indeleble llamado carácter, los fieles «incorporados a la Iglesia quedan destinados al culto de la religión cristiana» y «regenerados como hijos de Dios, están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios mediante la Iglesia». Por lo tanto, todos los que han renacido por el bautismo «en virtud de su sacerdocio real concurren a la ofrenda de la Eucaristía y ejercen dicho sacerdocio en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias, a través del testimonio de una vida santa, en la abnegación y en la caridad operante».

Por otra parte, Cristo, Cabeza de su Cuerpo Místico que es la Iglesia, constituyó ministros de su sacerdocio a los apóstoles y, por medio de ellos, a los obispos, sus sucesores, con el fin de que le representasen a El personalmente en la Iglesia; éstos, a su vez, comunicaron legítimamente el sagrado ministerio recibido a los presbíteros en grado subordinado. Se instauró de este modo en la Iglesia la sucesión apostólica del sacerdocio ministerial para gloria de Dios y al servicio de toda la familia humana, que debe ser conducida hacia Dios.

En virtud de este sacerdocio, los obispos y los presbíteros son segregados en cierto modo dentro del pueblo de Dios, pero no para estar separados ni del pueblo mismo ni de hombre alguno, sino para consagrarse totalmente a la obra a la que el Señor los llama, es decir, la función de santificar, de enseñar y de gobernar, precisada en concreto por la comunión jerárquica. Esta función multiforme tiene como principio y fundamento la predicación constante del Evangelio y tiene como cumbre y fuente de toda la vida cristiana el sacrificio eucarístico, que los sacerdotes, como representantes en persona de Cristo Cabeza, en su nombre y en el nombre de los miembros de su Cuerpo Místico ofrecen al Padre en el Espíritu Santo; y que se integra después en la Santa Cena, en la cual los fieles, participando en el único cuerpo de Cristo, se convierten todos en un solo cuerpo (cfr. 1 Cor., 10, 16 s.).

La Iglesia no ha dejado jamás de investigar sobre la naturaleza del sacerdocio ministerial, que desde la época apostólica es constantemente conferido mediante un rito sagrado (confróntese 1 Tim., 4, 14; 2 Tim., 1, 6). Con la asistencia del Espíritu Santo ha ido alcanzando gradualmente la clara persuasión de que Dios ha querido manifestarle que aquel rito confiere a los sacerdotes no sólo un aumento de gracia para cumplir santamente las funciones eclesiales, sino que imprime también un sello permanente de Cristo, es decir, el carácter en virtud del cual, dotados de una idónea potestad derivada de la potestad suprema de Cristo, están habilitados para cumplir aquellas funciones. La permanencia del carácter, cuya naturaleza, por otra parte, es explicada diversamente por los teólogos, la enseña el Concilio de Florencia y se halla confirmada en dos decretos del Concilio de Trento. Ultimamente dicha permanencia ha sido también recordada en varias ocasiones por el Concilio Vaticano II, y la segunda Asamblea general del Sínodo de los Obispos ha considerado justamente que la existencia del carácter sacerdotal, que persiste a lo largo de toda la vida, pertenece a la doctrina de la fe. Semejante existencia estable del carácter sacerdotal debe ser admitida por los fieles y debe tenerse en cuenta para un juicio recto sobre la naturaleza del ministerio sacerdotal y sobre las correspondientes modalidades de su ejercicio.

En cuanto a la potestad propia del sacerdocio ministerial, el Concilio Vaticano II, de acuerdo con la sagrada Tradición y con numerosos documentos del magisterio, ha enseñado: «Pero, aunque cualquiera puede bautizar a los creyentes, es, sin embargo, propio del sacerdote el llevar a su complemento la edificación del cuerpo mediante el sacrificio eucarístico», y, además: «El mismo Señor, con el fin de que los fieles formaran un solo cuerpo, en el que 'no todos los miembros desempeñan la misma función' (Rom. 12, 4), constituyó ministros a algunos de entre los fieles, quienes, en la sociedad de los creyentes, gozaron de la sagrada potestad del orden para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados». Igualmente, la segunda Asamblea general del Sínodo de los Obispos ha afirmado con razón que sólo el sacerdote, en cuanto representante de Cristo en persona, puede presidir y realizar el banquete del sacrificio, en el cual el pueblo de Dios es asociado a la oblación de Cristo. Sin querer entrar ahora en las cuestiones sobre el ministro de cada uno de los sacramentos, según el testimonio de la sagrada Tradición y del sagrado magisterio, es evidente que los fieles que, sin haber recibido la ordenación sacerdotal, se arrogasen por propia cuenta la función de hacer la Eucaristía, llevarían a cabo un atentado que, además de gravemente ilícito, sería también inválido. Y es evidente que los abusos de este género, si los hubiese, deben ser cortados por los pastores de la Iglesia.

La presente declaración no ha intentado, ni tampoco era su fin, demostrar, con un apropiado estudio de los fundamentos de nuestra Iglesia, que la Revelación divina ha sido confiada a la Iglesia para que fuese mantenida inalterable por ella en el mundo. Pero, junto a otras verdades que atañen al misterio de la Iglesia, ha sido también recordado este dogma que constituye el origen mismo de la fe católica, para que aparezca claramente, dentro del actual confusionismo de ideas, cuál es la fe y la doctrina que los fieles deben profesar firmemente.

La Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe se alegra de que los teólogos se apliquen con diligencia a la profundización del misterio de la Iglesia. Reconoce también que su trabajo toca frecuentemente cuestiones que sólo pueden ser aclaradas a través de libres investigaciones complementarias y a base de tentativas y conjeturas. Sin embargo, la justa libertad de los teólogos debe mantenerse en los límites de la palabra de Dios tal como ha sido fielmente conservada y expuesta en la Iglesia y como es enseñada y explicada por el magisterio vivo de los pastores, en primer lugar, del pastor de todo el pueblo de Dios.

La misma Sagrada Congregación confía la presente declaración a la atenta solicitud de los obispos y de todos aquellos que, por cualquier título, comparten el deber de salvaguardar el depósito de la verdad legado a la Iglesia por Cristo y sus apóstoles. Y la dirige también con confianza a los fieles y, de manera especial, dada la importancia de su función en la Iglesia, a los sacerdotes y a los teólogos, para que todos estén concordes en la fe y en sincera consonancia con la Iglesia.

El Sumo Pontífice, por la divina Providencia Papa Pablo VI, en la audiencia concedida al infrascrito prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, el día 11 de mayo de 1973, ha ratificado y confirmado esta declaración sobre la doctrina católica acerca de la Iglesia para defenderla de algunos errores actuales y ha ordenado su publicación.

Dado en Roma, en la sede de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, el día 24 de junio de 1973, fiesta de San Juan Bautista.

Francisco, card. Seper, **prefecto**; † monseñor Jerónimo Hamer, **secretario**.

(Texto castellano publicado por la «Políglota Vaticana». Texto latino en «O. R.», 6 julio 1973).



DESCUBRE LA ALEGRÍA DEL TRABAJO

“Vivir bien es trabajar bien” dijo Tomás de Aquino hace 700 años.

Thomas Carlyle le hizo eco hace un siglo cuando dijo: “El trabajo es la gran cura para todas las enfermedades que asedian a la humanidad — el honesto trabajo que intentas llevar a cabo”.

Esta es una lección difícil de aprender para los humanos. Normalmente pensamos que cuanto más trabajo podamos evitar seremos más felices.

Los que se preocupan por evitar el trabajo y perseguir el placer aprenden demasiado tarde que se han perdido la verdadera “alegría de vivir”.

El valor del trabajo debería aprenderse a una edad temprana. Como dijo Thomas Jefferson, el principal autor de la declaración de Independencia de los Estados Unidos: “Haz todo lo que esté en tu mano para ayudar a los niños y niñas a descubrir la alegría del trabajo. El hábito de trabajo se adquiere cuando se es joven, o no se adquiere nunca. El éxito de nuestras vidas depende por consiguiente del buen empleo del corto período de la juventud”.

La declaración Romana es un servicio a la Iglesia y a la civilización

Cardenal DANIELOU

La reciente declaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre «La doctrina católica en orden a defenderla contra algunos errores actuales», para ser bien comprendida, ha de ser situada en su contexto. Este contexto es el del período posconciliar. Un período de diálogo fecundo entre la Iglesia y el mundo moderno. La suerte del porvenir del mundo está en este encuentro de la fe y de la ciencia, como ha escrito recientemente Jean Fou-ratié. Ahora bien, para que este encuentro resulte positivo es necesario que la fe permanezca fiel a sí misma. También es cierto que existe turbación en no pocos cristianos, provocada por teólogos imprudentes o irresponsables.

No han faltado quienes han expresado su preocupación por el hecho de que esta declaración puede significar un retroceso del ecumenismo, al afirmar que «la única Iglesia de Cristo subsiste en este mundo en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro». Para afirmar tal cosa es necesario no haber comprendido nada del ecumenismo. Este nunca ha consistido para la Iglesia católica en que ésta renunciase a dar testimonio de que sólo en ella permanecen íntegras las instituciones y la doctrina de la comunidad apostólica o que reconociese a las otras confesiones un valor igual, de manera que todas las confesiones cristianas constituirían juntas la única Iglesia de Cristo de la que cada una de ellas sería una expresión imperfecta. Esto no quiere decir que la Iglesia católica no reconozca en las otras confesiones elementos de verdad y de salvación, significa, eso sí, que sólo en ella está conservado en su totalidad lo que Cristo enseñó e instituyó.

La cuestión concreta que plantea esta declaración a que errores actualmente divulgados por algunos quiere responder. Tres puntos esenciales se plantean en la misma. El primero es el de la infalibilidad. El segundo, la formulación de la fe. El tercero, lo específico del sacerdocio ministerial. Se trata de tres puntos de una importancia esencial, pues es cierto que son actualmente puestos en duda por algunos y que transigir en esto sería una abdicación para la Iglesia, ya que deben ser considerados como parte de aquellos elementos que son inmutables en la Iglesia y cuya inmutabilidad es la condición misma de una presencia eficaz en el mundo de hoy.

El problema de la infalibilidad ha sido planteado, sobre todo, por un libro del teólogo suizo Hans Küng. Hay que precisar bien qué es lo que se discute. Está claro que ninguna autoridad humana puede pretender ser infalible Dios

sólo es infalible. Tiene toda la razón Küng al afirmar esto. Pero el verdadero problema no está aquí. La fe cristiana es una fe en la Encarnación. El problema está, pues, en que esta infalibilidad, que es propiamente divina, ha sido dada por Cristo a la Iglesia por El fundada como algo que ésta no tiene por sí misma, sino que recibe de El como un don permanente que ha de ser vivido en la humildad. No se trata sólo de una difusa asistencia que no tendría un sujeto determinado. Se da plenamente en el cuerpo de los obispos unidos al obispo de Roma, como herederos del colegio apostólico, del que Pedro es la piedra de fundación.

Un texto liberador

Al recordar esta doctrina, la Declaración no hace otra cosa que repetir las mismas formulaciones del Vaticano II. Es, pues, del todo inexacto afirmar, como lo ha hecho Hans Küng, que este texto señala un retroceso con respecto a la apertura del Concilio y de Juan XXIII. La apertura nunca ha significado negación. Implica por el contrario, la solidez para que no derive en una dimisión. En este sentido, el texto de la Declaración es liberador y a partir de él se puede construir. Hay que añadir que un texto como éste no sólo presta un servicio a la Iglesia, sino también a la civilización, al dar testimonio de la posibilidad que tiene el hombre de conocer de manera cierta lo que está más allá de las comprobaciones de la ciencia. Ningún problema es más actual que éste.

El segundo punto que trata la Declaración no se refiere al sujeto de la infalibilidad, sino a su trabajo, es decir, a la verdad infalible de las proposiciones dogmáticas. La cuestión, nuevamente, es totalmente seria. ¿Qué dogma hay que no sea puesto en entredicho por tal o cual teólogo improvisado? De ahí la confusión de los cristianos. Muchas veces esta duda sistemática proviene de principios que la Declaración critica con toda razón. Como Dios y las cosas de Dios son inefables, se dice, todo lo que nosotros digamos resulta siempre inadecuado. Ciertamente, nunca podrá encerrarse en una fórmula la realidad de Dios. Pero esto no significa que lo que de él digamos no sea o verdadero o falso. Los dogmas, añaden aun, fueron formulados en función de un contexto cultural hoy sobrepasado. Esto es verdad del lenguaje, pero no lo es del contenido.

Un motivo de esperanza

El último tema de la Declaración también tiene no poca actualidad. Trata del sacerdocio. También sobre esto los errores se extienden a través de revistas católicas que hablan de una pretendida transformación del sacerdocio que nos llevaría a superar la distinción entre el ministerio del sacerdote y la vocación cristiana en general. Los obispos franceses ya han denunciado estos errores. La Declaración recuerda lo específico del sacerdocio ministerial, su carácter definitivo, su necesidad para la celebración de la Eucaristía, su función en la proclamación de la palabra. También aquí estamos ante algo propio de la estructura divinamente instituida de la Iglesia y que nadie puede tocar. Precisamente a partir de esta base ha de ser posible una verdadera renovación del sacerdocio.

La importancia de este texto radica en que condensa la doctrina común de la Iglesia sobre algunos puntos cruciales. Tendrá decisiva influencia en este momento crucial de la vida de la Iglesia. Permitirá eliminar determinas hipótesis que se han manifestado erróneas. Y ofrece una base sólida para construir. Está cargado de esperanza en todos los sentidos. Volverá la confianza a los cristianos, particularmente a los sacerdotes. Y mostrará a todos los hombres que la Iglesia da testimonio hoy de la verdad de las cosas últimas, de las que nuestra civilización siente de nuevo necesidad. Lejos de ser un retroceso o un freno, como algunos espíritus pesimistas nos quieren decir, es un gran motivo de esperanza. Jean, cardenal Danielou. «Le Figaro», 13-7-1973.



RECONOCE TU PROPIA IMPORTANCIA

“¿Quién soy yo?” fue la pregunta de una desconcertada adolescente en la estación de policía de Springfield. No podía recordar su nombre, ni de dónde venía o a dónde iba.

Pocas personas sufren semejante lapso mental. Muchas, sin embargo, se sienten confundidas y desconcertadas acerca del “por qué” y el “para qué” de la vida.

Reflexiona con frecuencia en estas profundas preguntas: “¿Qué soy yo?”, “¿De dónde vengo?”, “¿Por qué estoy aquí?” y “¿A dónde voy?”.

Si lo haces, te ayudará a vivir una vida que valga la pena.



TEN UN BUEN PROPOSITO

Este punto era puesto de relieve por el difunto actor Walter Vincent. El amonestaba a los jóvenes en el teatro a “tener un buen propósito”.

1. Sea que tu suerte en la vida sea administrar el hogar, conducir un autobús, lavar platos, escribir para un periódico, trabajar en una granja u oficina, mira tu tarea como una parte necesaria e importante del plan de Dios en la vida.

2. La porfía por un objetivo evitará a tu vida los aspectos aburridos y monótonos de tus quehaceres diarios. Sin un objetivo que valga la pena tenderemos a asentir con la apresurada ama de casa que decía: “La vida se hace tan rutinaria”.

3. Si pones en juego la imaginación e iniciativa que Dios te ha confiado, no tendrás tiempo para aburrirte.

Calendario litúrgico y lecciones de la Misa

OCTUBRE

- 1 L. Sta. Teresa del N. Jesús, virg. Zacarías 8, 18; Sal. 101, 16-21; Lc. 9, 46-50.
- 2 M. S. S. Angeles cust. Exodo 23, 20-23; Sal. 90, 1-11; Mt. 18, 1-5, 10.
- 3 Mi. Nehemías 2, 1-8; Sal. 136, 1-6; Lc. 9, 57-62.
- 4 J. S. Francisco de Asís. Nehemías 8, 1-4a. 5-6. 7b-12; Sal. 18, 8-11; Lc. 10, 1-12.
- 5 V. Baruc 1, 15-22; Sal. 78, 1-9; Lc. 10, 13-16.
- 6 S. S. Bruno presb. o Sta. María. Baruc 4, 5-12, 27-29; Sal. 68, 33-37; Lc. 10, 17-24
- 7 DOMINGO XXVII. Genesis (2, 18-24) Salmo 127; Hebreos 2, 9-11; S. Juan
10, 2-16
- 8 L. Jonás 3, 1-10; Sal. 129, 1-8; Lc. 10, 38-42.
- 9 M. SS. Dionisio y comp. mrs. o S. Juan L. presb. Jonás 1, 1-2, 1, 11; Cant.
Jonás 2, 2-8; Lc. 10, 25-37.
- 10 Mi. Jonás 4, 1-11; Sal. 85, 3-10; Lc. 11, 1-4.
- 11 J. Malaquías 3, 13-20a; Sal. 1, 1-6; Lc. 11, 5-13.
- 12 V. Desc. de América (p. 42). Joel 1, 13-15; 2, 1-2; Sal. 9, 2-9; Lc. 11, 15-26.
- 13 S. Sta. María. Joel 4, 12-21; Sal. 96, 5-12; Lc. 11, 27-28.
- 14 DOMINGO XXVIII. Sabiduría 7, 7-11, Salmo 89, Hebreos 4, 12-13; San
Marcos 10, 17-30; breve 10, 17.
- 15 L. Sta. Teresa de Avila, virg. Rom. 1, 1-7; Sal. 97, 1-4; Lc. 11, 29-32.
- 16 M. Heduviges rel. S. Margarita M. A. virg. Rom. 1, 16-25; Sal. 18, 2-5; Lc.
11, 37-41
- 17 Mi. S. Ignacio de A. ob. mr. Rom. 2, 1-11; Sal. 61, 2-9; Lc. 11, 42-46.
- 18 J. S. Lucas. ev. 2 Tim. 14, 9-17a; Sal. 144, 10-13; Lc. 10, 1-9.
- 19 V. SS. Isaac I. presb. y comp. mrs. S. Paulo de la C. presb. Rom. 4, 1-8;
Sal. 31, 1-7; Lc. 12, 1-7.
- 20 S. Sta. María. Rom. 4, 13, 16-18; Sal. 104, 6-9; Lc. 12, 8-12.
- 21 DOMINGO XXIX. Isaiás 53, 10-11, Salmo 32; Hebreos 4, 14-16; San Mar-
cos 10, 25-45.
- 22 L. Rom. 4, 20-25; Cant. Lc. 1, 69-75, Lc. 12, 13-21.
- 23 M. S. Juan de la C. presb. Rom. 5, 12. 15b. 17-10. 20b.-21; Sal. 39, 7-10;
Lc. 12, 35-38.
- 24 Mi. S. Antonio M. Cl. ob. Rom. 6, 12-18; Sal. 123, 1-8; Lc. 12, 39-38.
- 25 J. Rom. 6, 19-23; Sal. 1, 1-6; Lc. 12, 49-53.
- 26 V. Rom. 7, 18-25a; Sal. 118, 66-68; Lc. 12, 54-59.
- 27 S. Sta. María; Rom. 8, 1-11; Sal. 23, 1-6; Lc. 13, 1-9.
- 28 DOMINGO XXX. Jeremías 31, 7-9; Salmo 125; Hebreos 5, 1-6; San Mar-
cos (10, 46-52).
- 29 L. Rom. 8, 12-17; Sal. 67, 2-7; Lc. 13, 10-17.
- 30 M. Rom. 8, 18-25; Sal. 125, 1-6; Lc. 13, 18-21.
- 31 Mi. Rom. 8, 26-30; Sal. 12, 4-6; Lc. 13, 22-30.

Calendario litúrgico lecciones de la Misa

CORREOS DEL URUGUAY
IMPRESOS DE INTERES GENERAL
DECRETO DEL P. E. DE ENERO 1981
PERMISO N.º 417